



CON DANIEL COSÍO VILLEGAS

Don Daniel prefirió ser entrevistado en su amplia oficina de la Torre Latinoamericana, donde se retiraba a pensar y a escribir sobre la *Historia Moderna de México*, rodeado de muchos papeles, libros, máquinas para leer microfilme, y con la activa vista de la Ciudad de México en pleno día y a sus pies. Nuestra primera impresión de don Daniel fue la de un erudito muy urbano y cosmopolita, con una presencia que reflejaba autoridad y sin ninguna inhibición frente a la grabadora. Le interesó nuestro proyecto de historia oral y recalcó su valor potencial, ofreciéndonos toda clase de sugerencias y conectándonos directamente con algunos personajes como Manuel Gómez Morín, a quien queríamos entrevistar. Fue entonces cuando nos relató que años atrás había concedido una entrevista para el Proyecto de Historia Oral de la Columbia University, pero que el método empleado en esa ocasión le pareció un fracaso, al advertir la inexistencia de un verdadero diálogo intelectual entre el entrevistador y el entrevistado.

Gracias a esa oficina que le proveía el Banco de México, don Daniel se encontraba en una especie de aislamiento voluntario, por lo que nuestras entrevistas parecieron servirle de alivio a la rutinaria lectura de microfilmes que le cansaban los ojos. De vez en cuando ojeaba el pequeño televisor portátil que le servía de ventana al mundo exterior y por donde podía ver, sin molestarse, los eventos del momento, tal fue el caso del desfile en el que Adolfo López Mateos y el visitante oficial Charles De Gaulle* saludaban al pueblo mexicano el 16 de marzo de 1963.

* Bajo el seudónimo de Gloria Pantoja, Cosío escribió sobre "Mi general en México (De Gaulle)". *Cuadernos Americanos* 85, (1964) pp. 70-72. Reimpreso en *Ensayos y Notas* II, pp. 411-419.

DANIEL COSÍO VILLEGAS

Niñez y juventud.—Primeros escritos.—Historia de la Revolución Mexicana.—Historia personal del entrevistado.—El carácter psicosocial de la América Latina.—Corrientes historiográficas de México.—Sobre el papel de la familia en México y la América Latina, el intelectual y el carácter nacional.—Sobre el Índice de Pobreza construido por Wilkie.—El intelectual en la sociedad mexicana.—La democracia y el partido oficial.—Calificando a los presidentes de México.—Sobre relaciones exteriores.

8 de abril de 1964
Ciudad de México

James W. Wilkie (JW): Quisiéramos hablar, licenciado, acerca de sus memorias y de su vida y de sus opiniones sobre la historia que ha presenciado y sobre la cual ha escrito usted. Usted nació en Colima en 1900; en la capital del estado de Colima.

Daniel Cosío Villegas (DCV): No. Yo le quiero explicar a usted cuál es el misterio en este asunto:

Yo nací en la Ciudad de México pero a la edad de seis años mis padres se trasladaron a la ciudad de Colima. Viví allá durante cuatro años, después me fui a Toluca a continuar mis estudios, y después volví a la Ciudad de México.

Yo siempre había contado que nací en la ciudad de Colima. Yo he contado en mi vida dos o tres mentiras, y una de ellas es ésta, le voy a explicar a usted por qué:

Cuando yo vine aquí en el año de 1916 ya para residir definitivamente en la Ciudad de México, me encontré con que los estudiantes del Distrito Federal no tenían la raigambre en un pedazo de tierra determinado sino que eran habitantes de una gran metrópoli, pero no de un pequeño lugar. Y en cambio yo contrastaba los recursos morales, digamos, de los estudiantes de provincia que tenían familia, gente conocida, en sus lugares, que iban frecuentemente a visitarlos, etc. Y esto me pareció a mí una cosa atractiva. Por otra parte, yo tenía un recuerdo espléndido de la ciudad de Colima, y creo que mucho de mi carácter se formó en Colima.

Colima, como usted sabe, es una ciudad, y todo el estado, tropical; de temperaturas muy altas durante todo el año. En consecuencia la gente vive allí con poca ropa y los estudiantes de la escuela primaria nos vestíamos todos exactamente iguales: con camisa y calzón corto de manta; de esta tela popular en México. De modo que en la escuela no había diferencia externa ninguna entre el rico y el pobre. Todos éramos iguales, y esto de pertenecer a una comunidad en la que no hay diferencias visibles, de fortuna y de condición social, me parecía a mí una cosa muy agradable. Por otra parte, Colima era una ciudad completamente aislada del país. Cuando yo fui a vivir a Colima

no había ferrocarril siquiera en Colima, y la consecuencia es que el único medio de transporte era el caballo, y mi padre nos compró a los muchachos chicos —entonces yo tenía seis años— un caballo, pero nos obligaba a tener cuidado con el caballo. De modo que nosotros bañábamos al caballo, peinábamos al caballo, le sabíamos poner la montura, lo sabíamos montar, y con el caballo nos íbamos a la plaza, al jardín principal a presumir de tener un buen caballo y una buena montura. No solamente eso, sino que durante las vacaciones de los muchachos de seis, de nueve, de diez años, tomábamos nuestros caballos y nos íbamos a la sierra sin profesores, sin padres, sin nada, libres nosotros. Entonces este hecho de que yo tuviera a mi cuidado una responsabilidad que era mi caballo —caballo que era el complemento de mi vida, y el único instrumento de traslado— me creó desde muy pequeño la idea de la responsabilidad propia del muchacho; una noción que en Norteamérica, en los Estados Unidos, es muy corriente, pero que en México, país de tradición española, no es así. El muchacho en México se crea bajo la dirección inmediata de los padres durante mucho tiempo, mientras que yo puedo decir que a los seis años era independiente, libre en mi casa.

Bueno, toda esa serie de factores me llevó a contar que yo era oriundo de Colima; pero en realidad yo nací en la Ciudad de México, en la esquina de la calle de San Jerónimo y lo que es hoy Avenida Triunfal, en el segundo piso de una preciosa casa colonial del siglo XVIII en cuya planta baja sin embargo había una pulquería. Y la primera vez que yo me decidí. . .

JW: Desde los seis meses ha tomado pulque diario.

DCV: Bueno, entonces usted sabe que el pulque pasaba por ser una bebida alimenticia. De modo que en efecto se les daba a los chiquillos.

Le hago a usted este cuento: he vivido aquí en la ciudad de México y mantuve siempre la ficción de que yo era nacido en Colima, hasta que un historiador de Colima se propuso publicar un diccionario geográfico de los oriundos de Colima, y ya me pareció muy fuerte darle esa mentira, que entonces había sido una mentira verbal, y ponerla en un impreso, y entonces resolví contar que yo había tenido la desgracia de haber nacido aquí.

JW: Los historiadores no deben mentir (risas).

DCV: Por lo menos deben reconocer sus mentiras.

JW: Bueno, ya esto ha quedado aclarado, y ya no es mentira. ¿Y los padres de usted? ¿A qué se dedicaron?

DCV: Mi padre¹ tuvo una historia curiosa, porque mi padre era empleado del gobierno federal; era lo que se llama Administrador de la Renta del

¹ Miguel A. Cosío.

Timbre, un impuesto especial que tenía oficinas en la mayor parte de los estados y de ahí que mi padre fuera trasladado de tiempo en tiempo a Colima, a Toluca o aquí. Pero mi padre era un hombre de lectura. De modo que cuando ya residimos aquí en México él llegó a ser profesor en el Colegio Militar, de una asignatura o de una materia que tiene para mí un nombre precioso; el curso se llamaba "Mecánica celeste". Es decir un curso de cosmografía pero al que se le daba este precioso nombre. Lo único que faltaba era que le hubieran llamado "Mecánica celestial".

De modo que mi padre llegó a ser un profesor; tenía una biblioteca buena y yo crecí en un ambiente de lectura de libros. Mi madre² en cambio, era una persona típicamente de la época. Era una mujer sin ninguna educación especial, no gobernaba la casa, enteramente sometida a la autoridad del marido, del padre, pero que representaba en nuestro hogar el elemento de ternura, de comprensión humana que le faltaba a mi padre.

Mi padre era un hombre como ustedes dicen en inglés, "a disciplinarian". Era un hombre para quien la autoridad, la rectitud, la firmeza de carácter eran las prendas principales de una persona.

Y mi madre, en cambio, representaba la bondad y la comprensión humana.

Desde ese punto de vista, digamos, nuestro hogar estaba bien equilibrado porque mi madre representaba unas cosas y mi padre otras.

JW: ¿Y asistió a la escuela primaria aquí en México?

DCV: Hice parte de la primaria aquí en México, parte de la primaria en Colima; acabé mi educación primaria en Toluca, en 1910, allí hice los tres primeros años del bachillerato y en México, 1915-1917 terminé el bachillerato y después hice mi carrera de derecho en la Universidad Nacional.

JW: ¿Y su carrera es de abogado?

DCV: Yo me recibí de abogado en 1925 y traté de ejercer mi profesión; primero, como miembro de un gran bufete de abogados, un miembro enteramente menor. Y no me gustó mi profesión, después de ejercer mi profesión como agente del ministerio público en los juzgados penales. Trabajé dos años y tampoco me gustó la profesión de abogado. Por esa razón resolví estudiar economía, y como en aquel entonces no se estudiaba la economía en México tuve que salir al extranjero. Ésta es la razón por la que estudié en la Universidad de Harvard primero, después en la Universidad de Wisconsin, y después en Cornell, porque en la universidad de Harvard estudié teoría económica; y luego en Wisconsin y en Cornell, economía

² Leonor Villegas.

agrícola, porque en México estaba entonces muy de moda la cuestión del problema agrario; no había ningún economista agrícola y me pareció que era una carrera en la que se podía prestar un buen servicio al país.

JW: ¿En que año salió para Harvard?

DCV: En 1925. Estuve el año académico de 1925 hasta 1926 en Harvard, de 1926 a 1927 en Wisconsin, y de 1927 a 1928 en Cornell.

JW: Parece muy notorio que después de 1930 y después de venir la depresión a México, muchas personas se inclinaron a estudiar la economía y de la economía usted pasó a la historia muy rápidamente a principios de ese decenio, es decir, de 1930.

DCV: No, no rápidamente, porque, mire usted: cuando yo regresé en 1928 a México, regresé simultáneamente con Antonio Espinoza de los Monteros, que había estudiado economía en Harvard también. Y regresó a México un caballero de nombre Miguel Palacios Macedo, que había estudiado economía en París. Y estaba aquí Manuel Gómez Morín, que no salió al extranjero pero que estudió economía por su cuenta. Y entonces en 1928 nos juntamos los cinco y pensamos que era necesario crear los estudios de economía en México. En el año de 1934 yo fui director de la Escuela de Economía y fui profesor de la Escuela de Economía hasta hace quince años. Y además ejercí mi profesión de economista aquí en el Banco de México como consultor de la Secretaría de Hacienda, como consejero financiero en nuestra embajada en Washington, etc. De modo que sí, yo ejercí mi profesión de economista unos quince o diecisiete años.

JW: ¿Y la Escuela de Economía era parte de la Universidad Nacional o era Autónoma?

DCV: No, se creó primero como una sección de la Facultad de Derecho, que se llamaba desde entonces Facultad de Derecho y de Ciencias Sociales. Cuando en el año de 1934 yo dirigí la Escuela de Economía, se hizo una escuela nacional de economía; se desprendió de la Facultad de Derecho, y desde entonces es una escuela autónoma.

JW: Se creó la carrera de licenciado en economía en 1932, algo por el estilo.

DCV: No, desde que se fundó la Escuela de Economía se ofreció el grado de maestro en economía. Y la situación no ha cambiado; en la Escuela de Economía no se puede obtener el "doctorado en economía", por eso se llama Escuela. En México, y muy pocas gentes lo saben, lo que se llama facultad es una institución que puede dar el doctorado, y las que se llaman escuelas no pueden dar más que la maestría o la licenciatura. Es decir, la Escuela de Economía y la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales.

JW: Yo entendí que la licenciatura en economía se había creado después de 1930.

DCV: No, no, no. Desde que se creó la Escuela de Economía.

JW: En 1929.

DCV: Sí, en 1929. Y por allí andan los primeros licenciados en economía.

PRIMEROS ESCRITOS

JW: Entonces por quince años se dedicó usted a asuntos económicos. Usted escribió unos libros sobre asuntos aduanales.

DCV: Mire usted: de economía yo escribí muchos artículos, la mayor parte de ellos recogidos en *El Trimestre Económico*, que fue la primera revista de economía en América Latina, que yo fundé y dirigí por muchos años. Y luego, de obra publicada, unos cinco volúmenes sobre el título general de *La cuestión arancelaria en México*,³ o sea un estudio del efecto que han tenido los impuestos de importación y exportación en el desarrollo económico de México.

JW: Un estudio histórico-económico, entonces.

DCV: Histórico-económico, hecho para la Secretaría de Hacienda. Ese estudio se terminó con un estudio de la Comisión de Aranceles, o sea el organismo oficial que maneja lo que en Estados Unidos es el "Tariff Commission". Y luego, para distintas conferencias internacionales preparé discursos para el gobierno de México; para la Conferencia Interamericana de Montevideo del año de 1933 preparé un estudio⁴ de lo que ha venido a ser el Banco Interamericano de Desarrollo. Estas cosas curiosas de lanzar una idea y de que se pasan ocho o diez años para que esta idea cristalice en algo. También se publicó entonces para esa misma conferencia un estudio sobre la posibilidad de volverle a dar a la moneda metálica de plata un uso monetario. México, como usted sabe, es el principal productor de plata del mundo, y en consecuencia siempre ha tenido mucho interés en el uso monetario de la plata. Todavía en la Conferencia de Bretton Woods, de 1944, cuando se creó el Fondo Monetario Internacional, y lo que se llamó el Banco Nacional de Reconstrucción y Fomento, yo presenté un estudio con el propósito de que consideraran las potencias aliadas la posibilidad de que parte de las reservas monetarias de los bancos centrales se constituyeran en plata, y no en oro y valores garantizados por oro. Ahora nos preocupa menos la situación porque el uso industrial de la plata es mucho mayor. Pero desde

³ México, Ediciones del Centro Mexicano de Estudios Económicos, 1932.

⁴ *Aspectos concretos del problema de la moneda en Montevideo*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1934.

1905 ven que México por fuerza entró al patrón oro, y siempre tuvo este problema de una producción en exceso de todas las necesidades a la demanda mundial, y que en consecuencia es un problema muy grave porque la plata no se da pura en México, sino que se da mezclada con metales industriales. Entonces, a medida que se trabaja más el metal industrial, se trabaja más la plata. Y mientras para el metal industrial hay una aplicación cierta y buena, para la plata no, desde que dejó de ser el metal monetario.

JW: ¿Cuándo escribió usted las lecciones de *Sociología mexicana*?

DCV: Bueno, mire usted: yo entré a la Facultad de Derecho de profesor, ayudante de Antonio Caso, al curso de sociología general. Y estuve dando ese curso hasta que en el año de 1924-1925 Manuel Gómez Morín, el famoso líder político de Acción Nacional, y muy amigo mío, era director de la Facultad de Derecho. Y me llamó para ver si se podía hacer un intento de aplicar los principios generales de la sociología a los problemas mexicanos, de modo de darles a los muchachos de Derecho (entonces no había una escuela de ciencias políticas y sociales), dos cursos de sociología, paralelos a los dos cursos de economía que recibían, un primer curso de economía teórica y un segundo curso de economía aplicada. Entonces Antonio Caso siguió con el curso de sociología general y yo tomé lo que se llamó disparatadamente "sociología mexicana". Ese curso debía haberse llamado "problemas sociales de México", pero no sociología mexicana. Entonces, la primera vez que yo di este curso en la Facultad de Derecho fue en el año de 1924-1925, y uno de mis estudiantes era un taquígrafo parlamentario, un muchacho muy pobre que tenía que trabajar para costear sus estudios y se le ocurrió tomar en taquigrafía mis lecciones con el propósito de imprimirlas en mimeógrafo y vendérselas a los estudiantes compañeros suyos. Y por esta razón usted ve que la edición de estas lecciones de sociología es una edición muy pobre y además una edición que se ha agotado completamente. Muy pocas son las gentes que la tienen; yo mismo no tengo un ejemplar, de la colección completa, y no figuran en bibliotecas ni nada.

JW: No. Nunca lo he visto en ninguna biblioteca.

DCV: Son tres cuadernitos impresos en mimeógrafo y con una pasta de una cartulina de distintos colores, pero una edición muy pobre. Es un poco semejante a esas ediciones que hacen los profesores franceses. Mientras se resuelven a imprimir un libro de texto imprimen en mimeógrafo sus lecciones, las compran los estudiantes y después de un experimento de seis, ocho, diez años, entonces el profesor francés imprime la cosa y hace un libro de texto en forma.

JW: Bueno, sería muy importante tener ejemplares de ese curso, de ese libro para las bibliotecas, porque es parte del desarrollo de las ciencias sociales aquí en México.

DCV: Mire usted: voy a preparar para publicar a fines del año entrante un tomo en que recoja yo todos los ensayos que publicaron. Y pienso incluir estas "Lecciones de sociología mexicana". Es un libro que para mí va a tener el valor de un testamento en un género como éste, de un ensayo que yo he cultivado, que he escrito mucho, pero que como son cosas que se han publicado en revistas, o en publicaciones de la UNESCO, capítulos de libros publicados en Estados Unidos, pues es una producción muy dispersa, y quiero reunirla el año entrante en un tomo que se llama *Ensayos y notas*,⁵ y publicar todo esto que no ha adquirido la forma de un libro. Y allí pienso publicar estas lecciones; claro, dándoles el valor histórico que tienen.

En 1925, imagínese usted, nadie había pensado ni en esto ni en nada. Hoy hay muchos estudios y mucha estadística, etcétera.

SOBRE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

JW: ¿Y cuando empezó usted a escribir historia política?

DCV: Mire usted: yo publiqué aquí en la revista *Cuadernos Americanos*, en el año de 1946,⁶ un ensayo que se llamó "La crisis de México", que fue, digamos, el primer ensayo en que se trató de hacer un juicio crítico de lo conseguido por la Revolución Mexicana. Es decir, un ensayo en que se trataba de dar una idea de los objetivos que se propuso conseguir la Revolución Mexicana, y de lo que realmente había conseguido. En México este ensayo armó un escándalo tremendo.

JW: Bueno, casi hubo quienes dijeran que su ensayo impugnaba a la Revolución.

DCV: Sí, sí. Con decirle a usted que hubo como sesenta y ocho artículos publicados en todos los periódicos de México. Y, desde luego, ninguno de acuerdo conmigo. Pero, de todos modos a mí me dio la impresión de que la única lección que yo recibí de esta enorme cantidad de artículos y de reacciones violentas contra este ensayo, fue que si yo quería seguir opinando sobre las cosas actuales de México, tenía yo que echarme un poco para atrás para ver el día de hoy en México con una cierta perspectiva

⁵ Los dos tomos de *Ensayos y notas*, publicados en 1966, no contienen las "Lecciones".

⁶ 6:2 (1947), pp. 7-27. Reimpreso en *Ensayos y notas*, I, pp. 113-151.

histórica. Y entonces mi idea principal fue estudiar en forma el movimiento de la Revolución. Pero, pensé que ni esto podía yo hacer en serio si no estudiaba la época anterior a la Revolución. Y entonces comencé a estudiar el periodo del régimen de Díaz. De modo que ésa fue la razón por la cual yo me eché para atrás y comencé a trabajar en las cosas históricas.

Pienso acabar el año próximo esta historia; el octavo volumen.⁷ Y entonces ya me sentiré más tranquilo para poder opinar sobre las cosas actuales del país.

JW: ¿Qué es la Revolución? ¿Sigue o no? ¿Es todavía una Revolución? ¿Qué opina usted? En 1947 usted escribió por primera vez. Después de haber pensado mucho en los últimos años, usted debe tener mucho qué decir sobre este tema.

DCV: Bueno, yo tengo esta impresión: uno debe definir sus términos, y me parece que la definición que usted encuentra en los diccionarios y que por otra parte dicta el sentido común, es la de que una revolución se caracteriza por dos circunstancias: una de ellas, la principal, es el cambio de fondo o cambio importante en una sociedad; y luego, el segundo elemento, es el tiempo en que se consigue ese cambio fundamental.

Si el tiempo es relativamente breve, unos podemos hablar entonces de revolución. Si el cambio, por muy profundo que sea, se consigue, no en diez años, sino en cien, entonces no se trata de una revolución.

Ahora bien, si aceptamos entonces como definición que la palabra "revolución" es un cambio profundo y rápido, tenemos que convenir que la Revolución Mexicana fue una revolución con toda la barba, porque del año de 1910 a 1920 la Revolución acaba de un modo total y completo con la sociedad porfiriana. De modo que no queda en pie nada de esa sociedad, y al mismo tiempo crea cosas nuevas.

Puede usted decir que la fase constructiva de la Revolución Mexicana va burdamente del año de 1920 a 1940. Es decir, de la presidencia de Obregón a la de Calles.

⁷ Daniel Cosío Villegas (de.), *Historia moderna de México*, México, Editorial Hermes, 1955-1972, 9 tomos. En 10: Daniel Cosío Villegas, *La República Restaurada. La vida política*, I (1955); Francisco R. Calderón, *La República Restaurada. La vida económica*, II (1955); Luis González y González, Emma Cosío Villegas y Guadalupe Monroy, *La República Restaurada. La vida social*, III; (1957); Moisés González Navarro, *El Porfiriato. La vida social*, IV (1957); Daniel Cosío Villegas, *El Porfiriato. La vida política exterior*, Segunda parte, VI (1963); Luis Nicolán d'Olwer, Francisco R. Calderón, Guadalupe Nava Oteo, Fernando Rosenzweig, Luis Cossío Silva, Gloria Peralta Zamora, y Emilio Coello Salazar, *El Porfiriato, La Vida económica*, Primera y segunda partes, VII (1965); Daniel Cosío Villegas, *El Porfiriato. La vida política interior*, Primera parte, VIII (1970); Daniel Cosío Villegas, *El Porfiriato. La vida política interior*, Segunda parte, IX (1972).

Ahora, lo que pudo conseguir la Revolución Mexicana en esos veinte años fue lo que usted puede decir que puede atribuírsele a un carácter revolucionario en el sentido de cambio de fondo conseguido en un tiempo relativamente breve.

Del año de 1940 para acá, en primer lugar la Revolución no ha hecho cambios de mucho fondo, y en segundo lugar, los cambios que han habido, digamos la industrialización del país, son cambios conseguidos mediante métodos evolutivos y no revolucionarios. Pero, al mismo tiempo conviene advertir que estos cambios no se han hecho dentro de una filosofía económica liberal, es decir, el famoso *laissez faire, laissez passer*, sino que el Estado ha intervenido en un grado mucho mayor que en otros países, pero de todos modos se trata de cambios que son de fondo pero que no son propiamente revolucionarios.

JW: Usted ha mencionado el periodo entre 1910 y 1930, porque Calles salió en 1928; después menciona usted el periodo comenzado con 1940. ¿Y qué hubo del periodo entre 1930 y 1940?

DCV: No; yo diría que los periodos son éstos: de 1910 a 1920, es la etapa destructiva de la Revolución Mexicana; de 1920 a 1940 es la etapa evolutiva de México en general; de su economía, pero no ya de carácter revolucionario, lo cual la gente de gobierno, la gente oficial, se resiste a admitir este hecho porque la Revolución Mexicana, la expresión de "Revolución Mexicana", sigue siendo un "slogan" político; peor no porque no entiendan que hay un cambio en los métodos del gobierno, que por otra parte no es simplemente atribuible a falta de valor o de decisión del gobernante mexicano.

JW: Hay muchos historiadores que dicen que con la revolución de Madero vinieron cambios políticos, pero que en el fondo no hubieron cambios sociales y económicos; que la estructura porfirista se quedó casi completamente como estaba, y que los grandes cambios no vinieron sino hasta después; hasta la repartición de la tierra, por ejemplo. ¿Es usted de esa opinión?

DCV: Bueno, mire usted: yo tengo en eso una idea bastante contraria a la que es común a los historiadores mexicanos, la mayor parte de los cuales sostiene que Madero vio simplemente el aspecto político de la Revolución Mexicana.

Aquí hay dos cosas que me parecen a mí de interés:

En primer lugar, cuando se habla de ver simplemente el aspecto político, parece como si se dijera que el aspecto político era un aspecto menor de la Revolución Mexicana. Yo en esto estoy absolutamente en contra, porque, si algo le enseña al mundo la última guerra mundial es que esta fórmula aparentemente simple, infantil, de Madero de que una sociedad democrática tiene que vivir sobre la base de un sufragio efectivo y de una

no-reelección, le da a la postura de Madero un alcance muy grande. Es decir, ni Salazar en Portugal, ni Mussolini en Italia, ni Hitler en Alemania, amparaban esta forma de vivir. En consecuencia no es una contribución menor o sin importancia.

En segundo lugar, hay que considerar que Madero no tuvo tiempo en absoluto de ocuparse de ninguna otra cosa que no fueran los aspectos inmediatos de afianzar su poder.

Pero justamente historiadores norteamericanos, Charles C. Cumberland, por ejemplo, han trabajado en ciertos aspectos de los primeros preparativos de Madero para sacar la cuestión agraria. Esto que saben los historiadores norteamericanos no lo saben los de México. Es como si usted se forma el juicio sobre Carranza sobre la base del Plan de Guadalupe. ¡El Plan de Guadalupe! Si los mexicanos producimos documentos políticos preciosos, son todos los planes revolucionarios en que hay una nota de quimera, de utopía, de mundos ideales, etc., etc. El Plan de Guadalupe es el documento político más pobre que hay en la historia de México. Y sin embargo, Carranza se vio obligado por circunstancias a abrir la puerta, es decir, a abrir la puerta a estos llamados aspectos sociales de la Revolución Mexicana. De modo que una persona como Isidro Fabela, que es un carrancista, como usted sabe, exaltado, ahora en estos tomos de documentos que está publicando, él se hace pasar por el canciller de la Revolución Social Constitucionalista; un hombre que jamás tuvo la Revolución Constitucional, y que desmiente el texto del Plan de Guadalupe y las discusiones que tuvieron las diez o doce personas que firmaron el Plan de Guadalupe, de que todo problema de carácter económico o social debería posponerse hasta el triunfo militar de la Revolución.

Bueno, si a Carranza lo matan en el año de 1915, como a Madero en 1913, Carranza por lo visto pasaría también como un buen señor que no vio más que el aspecto político enteramente menor de echar a un gobernante como Victoriano Huerta que se había hecho del poder por medios ilegítimos.

Yo creo firmemente que Madero tiene un papel en la historia de la Revolución Mexicana mucho más importante de lo que es habitual concederle.

Edna Monzón Wilkie (EMW): Es cosa de tiempo entonces. Tal vez Madero vivió en la época en que todavía no se hablaba en términos de cambio social. *DCV:* El comenzó a atacar ese problema.

JW: Bueno, muchos historiadores están de acuerdo en que Madero no deseaba hacer muchos cambios. Yo creo que en los libros de usted que ya

están a la venta, y libros que están por salir, usted podrá dar mucha luz al respecto.

Parece que durante la Revolución un hombre no puede salirse de sus tiempos, y en los años de 1910 y hasta 1930, el mundo hablaba en términos de una democracia política, de un sufragio efectivo. Tanto Inglaterra como los Estados Unidos y países de Europa, estaban viendo la manera de rehacer sus respectivas sociedades para darle el voto a sus respectivos ciudadanos, y yo creo que hasta 1930 no hubo un cambio en el ambiente intelectual, no hubo un cambio que permitiera las ideas más o menos sociales. Pero, una vez llegada la depresión, todos los países del mundo quisieron cambios sociales, olvidándose de los asuntos políticos.

“¿De qué sirve la democracia, el voto, si el hombre no está bien vestido y bien comido?”, se preguntaban muchos. Por consiguiente, tenemos que reorientar la política para no sólo hablar sino para hacer los sacrificios que hizo Rusia. Hasta muchos liberales de los Estados Unidos llegaron a la conclusión de que: “Pues tenemos que sacrificar unos hombres en beneficio de la colectividad del mundo para lograr un cambio”. Quiere decir, que se perfiló un nuevo tipo de revolución.

¿Qué opina usted de esto?

DCV: Bueno, no sé. Supongo que en términos generales es cierto. Y sin embargo, aquí en México estos fenómenos eran tan patentes, tan claros, que yo tengo la impresión de que la gente mexicana por fuerza debió haber considerado la situación del indio, por ejemplo. Un país en que hay una homogeneidad en su composición demográfica como la hay en los países de Europa Occidental, o en los Estados Unidos, está en una situación enteramente distinta de aquella en que se encuentran países como Perú, o México, o como Bolivia, en que la existencia de dos mundos distintos le entra a usted por los ojos todos los días.

Si usted ve fotografías, y aun películas cinematográficas, que ya algunas se hicieron en el año de 1910, en las famosas fiestas del Centenario, verá usted, ¡claro!, fotografías en blanco y negro nada más, no habían fotografías en colores, pero da la curiosa casualidad de que veía usted nada más esos dos colores:

El negro era la levita, es decir, la prenda de los viejos de entonces, un saco que llegaba casi hasta las rodillas, hecho de negro con solapas de seda; la chistera, un sombrero, también de seda. Y del otro lado usted ve a la gente del pueblo mexicano vestida de manta, es decir, de una tela de color blanco. La fotografía de blanco y negro es aquí exacta. Yo no sé si

ha visto usted esa película de esta señora, la mujer de Moreno Sánchez, Carmen Toscano.⁸

Allí sale en algunas escenas en la Plaza de Armas, o en la calle Cinco de Mayo en que ve usted la gente importante del régimen, es decir, el mestizo y el blanco vestidos con estos trajes, y la gente del pueblo que no usaba entonces más que la manta del calzón.

De modo que estas cosas eran demasiado patentes como para que las gentes no vieran que había dos mundos distintos. La gente de aquí ha tenido que ver ese tipo de problemas. Claro, usted me puede decir que los peruanos han sido singularmente tardíos en darse cuenta de este problema; pero el limeño que vive nada más en la ciudad de Lima, que nunca sale de la ciudad de Lima más que para ir a Europa, no se da cuenta de lo que es el indio.

JW: Bueno, hoy hablamos de los métodos de cambiar y de equilibrar estos dos mundos de que habla usted, ya sea en el Perú o en el Brasil, o en cualquier país. Se puede hacer la revolución política primero y después dar el voto para llegar pacíficamente a una democracia. Con ese cambio ya esos dos mundos no chocan. Pero por otro camino tenemos la revolución violenta como la de Cuba, en la cual la revolución política no se hace, pero quieren que se hagan los cambios sociales y económicos primero; creen que a la etapa política pueden llegar después. Según usted, con Madero, México entró al primer camino en que los pensamientos cambiaron y que mucha gente pudo tomar parte en la política, como los indios, la gente olvidada, y con lo cual hubo una verdadera revolución.

DCV: Sí, y una revolución en la forma de concebir los problemas. Yo creo que la experiencia política de América Latina es muy instructiva, no solamente para los latinoamericanos sino para los africanos y los asiáticos. Y esto, ciertamente toda esa experiencia, es en el sentido de que una reforma política es siempre insuficiente; que una reforma política tiene que ir acompañada de reformas de carácter económico y social, porque de lo contrario es un simple resorte político; no tiene la fuerza bastante para modificar el mundo político, el mundo económico y el mundo social. Pero no quiere decir que si se reforma exclusivamente el mundo social y el mundo económico, que por fuerza se consiga una reforma en el mundo político, porque las sociedades totalitarias comunistas dan el ejemplo de unas transformaciones económicas y sociales de mucho fondo, pero no transformaciones políticas en el sentido occidental de la palabra.

⁸ Se refiere a la película *Memorias de un mexicano* (N. del E).

Un autor francés distingue tres categorías de países latinoamericanos de acuerdo con la estructura social que tienen en el día de hoy. Una categoría es la de Argentina y Uruguay, en que hay una estructura social moderna. En el extremo opuesto, países como los de América Central —exceptuando Costa Rica— Haití, Paraguay, incluso Perú, que no tienen más que una estructura social arcaica. Y luego hay países como Brasil y México en que hay una estructura dual, o sea la existencia simultánea de una estructura social moderna y de una estructura social arcaica.

La estructura social moderna por supuesto que se da en el medio urbano, sobre todo en la ciudad grande. La estructura social arcaica se da particularmente en el mundo rural.

Bueno, pensando entonces en países como Honduras y Nicaragua, para ejemplificar, uno se plantea qué posibilidades hay de que en estos países nazca una vida democrática ni de tipo francés, ni de tipo inglés, ni de tipo americano, ni de tipo holandés, ni de tipo sueco; sino, digamos con cierta generosidad, una vida democrática de tipo latinoamericano. Uno tiene que convenir que no hay ninguna posibilidad: son países chicos, pobres de recursos económicos; una población rural que puede llegar al 80% de la población total; una población rural compuesta por gentes pobres, ignorantes, incomunicadas; un elemento importantísimo para la vida democrática.

Junto a esa gran masa de gentes, un pequeñísimo número de clase media o de clase baja-alta compuesta por artesanos encumbrados, vamos a decir mecánicos que saben arreglar un automóvil o un camión; médicos, abogados, etc., de quienes podría esperarse la iniciación de una transformación política agraria. Y sin embargo, por una parte es un número muy reducido de personas, por otra parte, en un país tan pequeño en que usted se encuentra al dictador lo mismo de Guatemala, que de Honduras, que de Nicaragua todos los días, puede usted decir que a todas las horas en que usted está al alcance de la mano del dictador no hay un espacio que le permita a usted escribir un artículo, decir un discurso en la plaza pública, etc., etc. Eso sin contar con que la vida de todas estas personas depende tan directamente de la autoridad política superior del jefe del Estado, que a menos que usted no quiera ser mártir, pues no se opone usted a esa fuerza. Y no es porque en esos países no se ven gentes inteligentes, y gentes con principios morales, con rectitud, etc. Cuando ese tipo de gente se da, se aísla de la vida pública y se dedica al ejercicio de sus profesiones. Un abogado es juez, y un médico se dedica al hospital, pero no hace vida pública. Entonces es incuestionable que en estos países se puede esperar que una reforma

de carácter político venga cuando los países hayan cambiado sobre todo su situación económica.

JW: Bueno, ¿qué tipo de democracia impulsó a Madero en el país? ¿No es el tipo de democracia que conocemos en Inglaterra o en Norteamérica por ejemplo? Es otro tipo, que ha seguido de la revolución y que hoy existe en México.

DCV: Bueno, Madero pensaba mucho en una democracia de tipo puro en el sentido de la coexistencia de varios partidos políticos, de elecciones libres, de periódicos que circulen ampliamente, etc., etc. En Madero no llegó a haber la idea, por supuesto, de un Partido Revolucionario Institucional, o de un Partido de la Revolución Mexicana. De modo que en ese sentido Madero tenía una visión muy limitada de la posibilidad de acción política de la clase media mexicana, pero Madero no llegó a plantear a fondo el problema de cómo hacer un elector libre del peón del campo, el que trabaja en una hacienda.

JW: Bueno, hablando de las clases de sociedades en la América Latina, ¿cree usted que en cualquiera de esos países pueda existir una democracia viable?

DCV: No, no. Teóricamente, la democracia, de acuerdo con las ideas de este francés, sería más viable en la Argentina y en el Uruguay que en Brasil y en México; y sería mucho menos viable en los países de América Central que tienen una organización social arcaica.

JW: ¿Pero no cree que México ha resuelto sus problemas de democracia, del voto y del desarrollo económico del Estado mejor que Argentina o el Uruguay, por ejemplo?

DCV: Yo tengo esta impresión:

México está en este momento en una situación relativamente mejor que ninguno de los países de América Latina en su aspecto político, en su vida política, porque a pesar de todas las objeciones que se le pongan al PRI, hay ciertos márgenes de libertad y de acción política aquí. Pero, esto se debe en realidad a la Revolución Mexicana; es decir, a una reforma de carácter social y político que ha permitido construir ciertos modos de vida que son válidos, más o menos válidos hasta el día de hoy. Pero lo que es incuestionable, es que México no logra todavía resolver una cierta nivelación de la sociedad urbana con la rural; y mientras esa nivelación no se logre, no digo la vida política, la vida económica de México estará un poco cojeando. Ahora sí que cojeando, porque quiere decir que el sostén de la sociedad rural es un sostén precario, Es decir, entre un político (es incluso excesivamente personal y activo y lo que usted quiera)

y un indio tarahumara que no está vinculado a esos intereses de la vida política, el indio sigue votando en función de su comunidad indígena, de su ejido, etc., pero no con un proceso racional, o emocional, personal, individual de él.

JW: En la democracia de México parece que el tarahumara tiene su posición aunque no sepa a veces lo que quiere decir el voto, y aunque vota sin saber lo que hace, todavía tiene cierta protección porque la Revolución ha prometido proteger a todos los grupos, a todos los individuos en todas las clases sociales. Y esto parece ser casi una democracia primitiva.

DCV: En cierta forma sí. Es decir, usted puede decir que lo que hace operable este tipo de democracia en el México actual es que hay un consenso de opinión en el cual participan los partidos de oposición que es esta idea de que México sea un país conservador, porque es conservador el que tiene ya una fortuna. Peor el que no tiene nada, no puede conservar la nada; tiene que adquirir primero. Yo he usado a veces el símil de que un hombre que tiene una moneda de oro y que aprieta la mano para que nadie le arrebatase esa moneda es un hombre que está procediendo inteligentemente; está conservando su riqueza. Pero si un señor aprieta la mano cuando no hay moneda aquí, cuando lo único que aprieta es el aire, pues ése sería un loco.

Bueno, y para este convencimiento usted ve los discursos y el programa de Acción Nacional. Es decir, ellos están de acuerdo en que el indio y el ejidatario deben tener una participación mayor de ingreso, etc., etc. De modo que esta cosa marcha en México porque no hay un partido de oposición ostensible. No quiere decir que no lo haya en silencioso o callado, pero no hay ningún grupo político ni ningún individuo que salga a la luz pública en periódicos, o televisión, o radio y que diga: "Señores: sentémonos porque tenemos ya bastante; vamos a conversar".

EW: ¿Y cuánto tiempo cree usted que va a durar este consenso público? ¿Cuándo cree que va a cambiar?

DCV: Depende de muchas circunstancias. Mire usted:

Yo tengo la impresión de que el verdadero político mexicano tiene verdadero genio para hacer política, ¡el político mexicano! Todos los políticos de la Revolución Mexicana, lo mismo los grandes que los pequeños, se las han arreglado en alguna forma para darle a entender al país que el país sigue progresando. Y esta impresión que tiene el país se crea en primer lugar diciendo que el país progresa, y por otro, exhibiendo muestras de ese progreso. En algunos casos este argumento de hechos

es muy convincente. Cuando un presidente de México en su informe anual del primero de diciembre (debió decir: "septiembre")⁹ dice:

"El país tiene cincuenta y cinco mil kilómetros de carreteras, hechas del año 1926 hasta hoy", está usando un argumento convincente, porque se basa en hechos. El país antes de 1926 no tenía un solo kilómetro de carretera: hoy tiene 55 000 kilómetros. Es indudable que el país haya progresado. Ahora, cuando usted llega a problemas de carácter más complejo, como si un presidente de la República dice:

"México es un país más rico de lo que era hace veinticinco años", está diciendo justo la verdad. Y puede usted medir ese hecho por muchos criterios. Producción, exportación, lo que sea. Ahora, cuando se trata del programa de cómo se reparte esa riqueza entre los habitantes de México, o sea el programa de la distribución del ingreso nacional, entonces el gobierno de México no puede decir que hoy se reparte el ingreso nacional en una forma mejor que hace veinte años. Lo único que puede decir el gobierno mexicano es que: "tratará de ayudar de modo que los sectores agrícolas y obreros tengan una parte mejor en la distribución del ingreso nacional".

Pero ese problema queda ahí. E incluso el gobierno mexicano puede llegar a decir, y de hecho lo dice de un modo velado, que todavía no hay bastante riqueza para que se reparta, que lo primero es aumentar la riqueza y después mejorar la distribución.

Bueno, llega un momento que cuando el político mexicano maneja este tipo de concepto, tiene que hallar por una parte la esperanza, y por otra parte la demostración de que se está progresando, decir que la situación del país de hoy es mejor que la situación de ayer. Mientras el gobierno, los dirigentes políticos de México, puedan manejar estos conceptos, el país estará convencido de que en efecto el país está caminando.

Ya desde el presidente López Mateos comenzó a crearse la convicción, no entre los economistas, no entre las gentes que manejamos los actos porque eso lo sabíamos nosotros hace mucho tiempo, sino en las esferas públicas, que México ciertamente ha avanzado mucho en el camino de la industrialización, que de hecho la primera etapa de este camino, en lo que se llama "la

⁹ La fecha del Informe de Gobierno cambió a partir de 1988 del 1 de septiembre al 1 de noviembre. (N. del E).

etapa fácil de la industrialización”, México ha recorrido en un tiempo relativamente breve y con bastante éxito. Pero, por una parte, gran parte de este desarrollo industrial ha sido con sacrificio de la agricultura, y por otra parte se avecina una segunda etapa de industrialización, no tan fácil como la primera porque es una etapa que requiere muchas mayores inversiones y sobre todo un dominio tecnológico mucho mayor de lo que se ha podido adquirir. Entonces, por lo que toca a este problema de volver al campo como un tema de preocupación nacional del gobierno y de que los dineros públicos se dediquen más a mejorar la situación de la agricultura, del agricultor, éste es uno de los puntos de crisis del programa de gobierno en este momento.

De modo que si durante los seis años próximos el nuevo presidente Díaz Ordaz, logra demostrar que se ha roto esta situación de privilegio de la industria por el sacrificio de la agricultura, demuestra en cambio que la agricultura ha caminado un poco con sus propios recursos y con cierta ayuda del gobierno, pero que la mayor parte de la ayuda del gobierno ha sido en la agricultura, la gente puede sostener esta esperanza y esta fe en que el país progrese. Pero si este desequilibrio en los próximos seis años aumentara mucho, habría una primera zona de escepticismo en el programa del gobierno.

JW: Bueno, en su ensayo de 1947, usted escribió sobre la misma crisis.

DCV: Sí, sí, claro.

JW: Al entrar el decenio de 1940 bajó notablemente la repartición de tierras y en México se ensanchó la industrialización. ¿Cree usted que todavía exista la crisis en la misma forma?

DCV: No; en una forma mucho más amplia. Yo tengo la impresión, mire usted, de que entendida la Reforma Agraria como el simple mecanismo de distribuir la tierra es una reforma que ha corrido todo el curso que tenía. Ahora de lo que se trata es de que usted pueda demostrar al indio ejidatario de El Bajío que puede vivir mejor de lo que está viviendo ahora. Éste es un problema endemoniadamente difícil en el que no ayuda nada el hecho de que ahora el indio sea dueño de la tierra porque usted tiene el problema de una tierra como es El Bajío, pobre, cultivada mal, y particularmente en una región del país en que falta el agua. De toda la vida en México había la norma de que en cinco años agrícolas, uno era bueno y otro era malo. De modo que ya esa situación, lo mismo en la agricultura de ejidatarios que en latifundios, era una agricultura montada sobre bases malas, sobre una naturaleza adversa.

Ahora, ¿cómo diablos se las va a arreglar el país para resolver el problema del agua en la zona del altiplano central en donde no existen ríos permanentes, de corriente permanente, y en donde, en consecuencia, todo proyecto

de obras de irrigación, como no sea en muy pequeña escala, no tiene posibilidad ninguna? Es decir, yo le diría a usted que la única cosa que el gobierno mexicano puede y debe hacer para resolver ese problema es inventar la lluvia artificial. Ésta sería la forma, las otras soluciones son soluciones que trabajan, pero trabajan a muy largo plazo.

Una solución obvia es trasladar una gran parte de la población que vive hoy mal, en una agricultura mala, como es la de la zona central, a zonas agrícolas buenas, como es el noroeste del país, o a la industria. Pero este tipo de solución trabaja a muy largo plazo; esto sin contar con el otro factor adverso que usted conoce y es que la población en México está aumentando a razón de tres por ciento al año. De modo que es un problema serio.

JW: Bueno, en ciertos lugares donde tienen agua y no tienen factores adversos de la naturaleza tan serios como en la región central, la agricultura pequeña o los ejidatarios todavía no han podido desarrollar su vida, alcanzar un rendimiento de cosecha más alta. Esto parece ser una cosa como la de no poder obtener crédito ni educación técnica.

DCV: No, no, no. Mire usted, en el caso, por ejemplo, de los ejidos del noroeste del país, es decir en Sinaloa y en Sonora, el ejidatario allí es un "farmer" al estilo norteamericano; usa maquinaria, usa abonos y tiene rendimientos muy buenos. No tan buenos como los norteamericanos, pero buenos para el término que yo le doy de México, desde luego. Y cuando digo norteamericanos le podía yo decir que todos los "farmers" del mundo son muy inferiores. Es decir, una de las cosas pavorosas de los Estados Unidos es que ha habido allí una revolución tecnológica en la agricultura en los últimos veinte años, que es la que crea todos estos problemas de almacenamiento que tienen. Y los ejidos que trabajan en la región de La Laguna mientras no se agotaron las aguas del río Nazas eran ejidos que vivían muy bien.

JW: Lucio Mendieta y Núñez, en su publicación, *Efectos sociales de la reforma agraria en tres comunidades ejidales*¹⁰ demuestra una relación que existe entre el éxito del ejido y el fracaso; depende de cuánta tierra tenga el ejido: si es un ejido que tiene bastante tierra, entonces va a tener éxito; si se ha pulverizado la tierra y el ejidatario no tiene suficiente tierra con qué trabajar, entonces el ejido va a fracasar.

DCV: Pero no es sólo la cantidad de tierra, sino la calidad de la tierra. Si un ejido tiene una superficie pequeña de tierra cultivada y tiene una gran superficie de monte, ese ejido está en mala situación porque la explotación del monte, y sobre todo del monte bajo, da muy poco como pasto.

¹⁰ México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1960.

JW: ¿Cree usted que la mente del campesino mexicano ha cambiado con la Revolución? Por ejemplo, antes el campesino esperaba ayuda o instrucciones por parte del clero, del ejército, del político. ¿Cree usted que ha cambiado el campesino, y que ya puede resolver sus propios problemas?

DCV: Ha cambiado mucho, y quizás no pueda resolver sus propios problemas, pero mire usted, distingamos una cosa de la otra. Yo tengo una experiencia que a mí me parece muy ilustrativa. De tiempo en tiempo llegan aquí amigos de Perú o de Bolivia. Y en otra época en que yo tenía más tiempo y era más joven, me gustaba llevar a esas gentes a caminar en automóvil por grandes recorridos en el país. Y cuando este peruano, este boliviano, resultaban inteligentes, cosa que por supuesto no es frecuente, comenzaban ellos desde que salíamos de la capital, de la ciudad de México, a ver indios y a observarlos, etc., etc., hasta que ellos decían:

“Óigame usted, los indios del Perú y los de México son indios, y por supuesto pertenecen a razas distintas. Pero de todos modos son indios y de todos modos son diferentes. ¿Por qué son diferentes los indios de México de los indios de Bolivia, o del Perú?” Y con más días de viaje acababan por llegar ellos mismos a la explicación.

El indio boliviano y el indio peruano siguen teniendo el rostro y los ademanes de siervo o de esclavo, y el indio mexicano ya no tiene esta cara ni estos ademanes. Pero esto no quiere decir, por supuesto, que el indio mexicano, el ejidatario, pueda dirigir completamente por sí solo sus negocios; es decir, que para darle una fórmula, una explicación un poco gruesa pero de todos modos sencilla e incomprensible, yo le diría a usted que el indio mexicano después de la Revolución se ha transformado en el sentido de que se siente un hombre independiente, políticamente hablando. Pero no ha adquirido la independencia del empresario, del promotor de una empresa agrícola.

DATOS PERSONALES DEL ENTREVISTADO

21 de abril de 1964
Ciudad de México

JW: Licenciado, vamos a volver a hablar de sus días estudiantiles. ¿Quisiera darnos una impresión de la vida de usted, por ejemplo en Toluca; de su vida

aquí en México; de su vida personal, qué sentía, etc? ¿Como era la vida en esos años? Lo que tenga a bien contarnos.

DCV: Bueno, como ya le dije a usted, yo nací aquí en la ciudad de México, y mi familia siguió los desplazamientos que le imponía a mi padre su trabajo. De modo que viví aquí los cinco primeros años de mi vida, me trasladé a Colima en el año de 1906; estuve en Colima tres años; en 1909 nos fuimos a Toluca; en Toluca vivimos de 1909 a 1914, y para el año de 1925 mi familia y yo nos instalamos en la Ciudad de México de nuevo y nunca hemos cambiado de residencia.

Esto quiere decir que, parte de mi educación primaria la hice yo en Colima; que en Toluca acabé mi educación primaria e inicié mi bachillerato del cual hice los tres primeros años en la escuela preparatoria de Toluca, que tenía el nombre de "Instituto Científico y Literario Porfirio Díaz", inada menos!

En 1915 yo me inscribí en la Escuela Nacional Preparatoria aquí en la Ciudad de México; hice los dos últimos años de mi bachillerato aquí, el cuarto y el quinto. Cuando yo acabé mis estudios en la Escuela Preparatoria obtuve mi grado de bachiller. Mi padre no gozaba de una salud completa y yo tuve temor de que mi padre muriera antes de que yo pudiera conseguir una carrera profesional larga; sabía yo que como hermano mayor yo tendría que hacer frente al problema de sostener a mi familia. entonces resolví estudiar la carrera más corta que había entonces, que era la carrera de ingeniero topógrafo en la Escuela Nacional de Ingeniería, sólo para descubrir que me fallaban mis matemáticas, que yo las había olvidado. Tuve que hacer esfuerzo extraordinario para poder hacer frente a los exámenes. Pero, presentados los exámenes de primer año en 1917, me convencí de que no sabría yo ser un buen ingeniero topógrafo, ni siquiera un buen ingeniero civil. Y entonces tuve que regresar al problema de elegir una profesión, y en aquella época los mexicanos no teníamos más que tres posibilidades de estudios superiores: el derecho, la medicina y la ingeniería civil. Y lo que menos me desagradaba era la carrera de derecho. Entonces me inscribí en la Escuela de Derecho, y me recibí de abogado en 1925.

No sé si usted sepa que de los españoles se dice algo que se podía decir de los mexicanos de aquella época, que los dos requisitos principales para ser ciudadanos de España eran ser católico y abogado. Tan general era así la profesión de abogado.

Yo acabé mi carrera de abogado, traté de ejercer esta profesión, estuve un año trabajando en un bufete grande, importante; nada menos que en el de Luis Cabrera, que como buen revolucionario estaba defendiendo entonces intereses petroleros. Me convencí al año de que no me gustaba estar en la profesión de abogado y me metí entonces a servir al gobierno como

abogado. Y fui agente del ministerio público, de un juzgado penal. Estuve un año trabajando. Me convencí entonces definitivamente que no sería yo un buen abogado y resolví entonces estudiar economía, y ya le he referido a usted que estos estudios los hice en la Universidad de Harvard, después en Cornell y en Wisconsin; de allí en 1928 fui a estudiar a la Escuela de Economía de Londres y a la Escuela Libre de Ciencias Políticas de París. Y después de cinco años de estar en el extranjero ya regresé a México y aquí me tiene usted.

EMW: ¿Cómo resolvió el problema de obtener dinero para sus estudios?

DCV: Bueno, mire usted, yo fui a la Universidad de Harvard gracias a que un grupo de norteamericanos que asistían a los cursos en la Escuela de Verano de aquí de la Universidad de México, y que se inscribieron en el curso que yo daba sobre la Revolución Mexicana, les pareció gracioso, que un muchacho de veinticuatro años hablara de un modo tan entusiasmado de las cosas nuevas en México. Y entonces una señora White, que era viuda de un profesor de la Universidad de Harvard, juntó un pequeño fondo entre los estudiantes de la Escuela de Verano y me ofrecieron este fondo para que yo me trasladara a la Universidad de Harvard a comenzar a hacer mis estudios de economía. Después de eso tuve becas, todas ellas norteamericanas, que me permitieron hacer esos estudios.

No sé si le he contado a usted que hace años vino aquí a México, hace unos ocho años, John D. Rockefeller, que es el *Chairman* del *Board of Trustees* de la Fundación Rockefeller. Le hicieron una gran recepción aquí, en el Hotel del Prado, en el fastuoso salón que se llama "Los Candiles", y el delegado de la fundación Rockefeller aquí, que era entonces el señor J. George Harrar, que es el actual presidente de la Fundación Rockefeller, le dio esta recepción a John D.; y de acuerdo con la costumbre norteamericana, estaba en la línea de recibo, Harrar, que iba presentando a los mexicanos que entrábamos y que habíamos sido invitados para la recepción. Y cuando me tocó mi turno yo le dije a Rockefeller que tenía mucho gusto de conocer al fin personalmente a un miembro de la familia Rockefeller porque yo tenía ya muchos años de vivir a costas de la familia Rockefeller, y que en consecuencia yo quería dar gracias a la familia Rockefeller por esta ayuda; una ayuda personal de becas y luego una ayuda que la Fundación siempre le ha dado a El Colegio de México. Es decir, había en esa observación una broma.

JW: Ha vivido usted también muchos años de clases que da usted en El Colegio de México, sostenido por la Fundación Rockefeller.

DCV: Le debo contar a usted una cosa que me parece de interés; los estudios en la Escuela de Derecho tuvieron sin embargo en mí una diferencia muy grande por esto, porque en el año de 1920 puede decirse que la revolución mexicana triunfó de un modo definitivo de sus enemigos. Y entonces ese

año, que se inicia con la presidencia de Obregón en diciembre de 1920, significó el retorno a México de un grupo de intelectuales mexicanos que se había ido al extranjero con motivo de la Revolución. Algunos como Vasconcelos y Martín Luis Guzmán, porque fueron a servir del lado de la revolución, y otros, como Pedro Henríquez Ureña, o como Diego Rivera, simplemente porque consideraron que mientras hubiera revolución aquí no habría muchas posibilidades de un trabajo, y entonces se fueron a trabajar al extranjero; Diego Rivera a Francia y a España, y Pedro Henríquez Ureña a los Estados Unidos. Pues bien, en 1921 se inició el reingreso a México de este grupo de intelectuales que había formado una de las generaciones intelectuales de México más brillantes; la generación del Ateneo de la Juventud. El único miembro de esa generación que se había quedado en México fue Antonio Caso, y yo me hice estudiante y discípulo de Antonio Caso, tanto en la Facultad de Filosofía y Letras, donde daba un curso de filosofía, como en conferencias sueltas que daba en algunas otras instituciones. De modo que cuando en el año de 1921 regresó Vasconcelos y fue nombrado rector de la Universidad Nacional de México, yo era entonces jefe de lo que se llamaba Departamento de Acción Social de la Federación de Estudiantes Universitarios de aquí de la capital. Y entonces yo fui a ver a Vasconcelos con la pretensión de que en el Consejo Universitario se admitiera a un representante de la Federación de Estudiantes, alegando que en el Consejo Universitario había representantes de las escuelas universitarias, pero que eran representantes de los intereses parciales de cada escuela, por ejemplo, el representante de la Escuela de Medicina representaba los intereses de la Escuela de Medicina, y yo le pedía que considerara la posibilidad de que hubiera un representante de la federación porque este representante podría explicar las opiniones de todos los estudiantes universitarios independientemente de que pertenecieran a una escuela o a otra. Y Vasconcelos, con esa forma brusca desconcertante que tenía de tratar todas las cosas de la vida, me dijo que él no pensaba convocar nunca al Consejo Universitario, que porque es un organismo inútil. Y que si yo tenía interés de participar en el gobierno de la Universidad, que a partir del día siguiente a las nueve de la mañana fuera yo a su oficina con el propósito de que él como Rector de la Universidad, Mariano Silva como Secretario de la Universidad, y yo como representante de la Federación de Estudiantes, resolviéramos todos los problemas de la Universidad. Y al día siguiente en un precioso y enorme escritorio que todavía anda por allí (ahora lo tiene Jaime Torres Bodet, el ministro de Educación Pública, es un escritorio de madera labrada muy bonito, y que tiene el antecedente histórico de haber sido la mesa de trabajo de don Justo Sierra), pues Vasconcelos se sentaba en el centro de este

escritorio, de esta mesa, a la derecha Mariano Silva, y a la izquierda yo, y entre los tres resolvíamos todos los problemas de la Universidad: lo mismo las cañerías de los baños, que la Facultad de Derecho, que los planes de estudios, que los nombramientos de los profesores, etcétera.

Pues bien, Antonio Caso le planteó a Vasconcelos la necesidad que tenía de contar con un profesor ayudante en el curso de sociología. Y Vasconcelos me conocía, por esta razón un día me preguntó si yo querría ser profesor de sociología. Yo le dije que yo era una persona suficientemente atrevida, como para aceptar el cargo y entonces, ¡imagínese usted!, siendo yo estudiante del segundo año de derecho pasé a ser profesor de los estudiantes de primer año de derecho en este curso de sociología que daba Antonio Caso.

De modo que estos estudios de derecho, que no aproveché en el ejercicio de mi profesión, me dieron sin embargo dos ventajas: por una parte cierta formación jurídica que me ha permitido acometer muchos trabajos posteriormente, pero sobre todo la amistad con Antonio Caso, que era uno de los maestros intelectuales, probablemente el maestro mexicano de más renombre que ha habido en México en muchos años. De modo que por lo menos saqué eso de provecho.

JW: ¿Fue usted siempre tan atrevido?

DCV: Bueno, sí, sí. Mire usted, yo lo cuento, yo lo explico sobre todo a la gente extranjera, y aun a la mexicana, que la fuerza destructiva de la Revolución Mexicana se va olvidando, y que nosotros estamos ya acostumbrados a hablar de la Revolución Mexicana como si fuera la Revolución Francesa, es decir, como un fenómeno muerto de carácter puramente histórico.

A mí me tocó presenciar esta destrucción tremenda del antiguo régimen por la Revolución Mexicana, y una de las cosas que destruyó la Revolución Mexicana, ¡parece mentira!, fue el cuadro de profesores universitarios.

Yo entré, como le explicaba a usted, a servir como profesor ayudante de Antonio Caso, por una razón: porque habían dos profesores de sociología en la Facultad de Derecho; uno era Antonio Caso, que no se metió con el régimen de Huerta; y Carlos Pereira, el historiador, que fue subsecretario de Educación con el régimen de Huerta. En consecuencia, cuando triunfó la Revolución, Carlos Pereira se marchó a España, allí vivió hasta que murió, y regresó a México sólo como cadáver. Ese puesto que dejó vacante Carlos Pereira lo llené yo, y lo llené yo porque físicamente había una silla desocupada y alguien tenía que ocuparla. Entonces, digo yo, a mí me divierte mucho cuando doy una conferencia, sobre todo entre gente norteamericana, a propósito de la Revolución Mexicana, les pregunto:

“¿A qué edad cree usted que yo llegué a ser profesor de la Universidad de México?” No me saben contestar y entonces yo les digo que a los diecisiete

y la gente que me escucha pone una cara de asombro y creen que estoy presumiendo de que entré de profesor universitario a los diecisiete años porque era un genio.¹¹

Yo les explico que no; que entré a esa edad por este vacío físico de falta de profesores que produjo la Revolución Mexicana. Y en efecto, en el año de 1917, Vicente Lombardo Toledano era profesor de ética en la Escuela Nacional Preparatoria. Lombardo pidió una licencia y yo lo sustituí porque era necesario sustituirlo. Ya Lombardo Toledano era un profesor muy joven. Lombardo tenía entonces veintitrés años de edad.

JW: ¿Cree usted que esas oportunidades le llegaron a usted con la Revolución, entonces?

DCV: Bueno, un poco, sí; es decir, si yo hubiera vivido en una época normal me hubiera tomado mucho trabajo y muchos años en llegar a ser profesor, o algo. Es incuestionable que la Revolución Mexicana produjo un vacío que se llenó a veces de un modo improvisado, a veces violento, absurdo, etc., pero eran funciones vitales que tenían que cumplirse.

EMW: Esta experiencia le habrá dado a usted mucha madurez desde muy temprano.

DCV: Pues sí, sí, claro. Imagínese usted lo que representaba para mí a esa edad tener que examinar, por ejemplo, a mis condiscípulos. Porque en la Facultad de Derecho todos los estudiantes de primer año me veían a mí que yo entraba a clases como un estudiante, como estudiante de segundo año de derecho. De modo que esto de que un compañero de uno sea a ratos compañero y a ratos profesor, pues es un poco desconcertante. Y eso era así.

JW: Y los estudiantes, ¿cómo lo aceptaron?

DCV: Bien; particularmente porque yo trataba de dar una buena clase. Por otra parte me protegía mucho el prestigio de Antonio Caso; y finalmente porque yo distinguí siempre mis funciones de profesor y de estudiante; de modo que salí más o menos bien de la aventura.

JW: Bueno, con la revolución los jóvenes pudieron llegar a posiciones de mucha responsabilidad, lo que afectó mucho sus vidas, sin duda. Usted vivía en Toluca durante los primeros brotes de la Revolución, en 1910. ¿Y qué era lo que sentían allá? ¿Hubo muchos cambios en la vida de usted?

DCV: No, no. Mire usted; usted hace una buena pregunta, y esto me ha preocupado a mí mucho. Esto es un fenómeno curioso. En 1911 cuando se produjo esta conmoción de la salida de Porfirio Díaz, o digo entre las dos presidencias de Porfirio Díaz, había un general que a su vez era gobernador,

¹¹ Ver la introducción a Cosío.

Fernando Gómez, y los hijos de Fernando Gómez eran compañeros míos en la escuela. De modo que yo los vi salir a todos ellos, y sin embargo no se produjo en la ciudad de Toluca lo que usted podría llamar una conmoción física bastante grande como para que hiriera los ojos de los niños que teníamos entonces diez años. La gente que vivía en la provincia, aun en una provincia tan próxima a la ciudad de México, no nos dimos cuenta de la Revolución sino hasta el año de 1914. En el año de 1914 entraron a la ciudad de Toluca las fuerzas revolucionarias del general Francisco Murguía, y ése era el espectáculo, de ver desfilar por las calles de la ciudad ---y la ciudad de Toluca que tenía 15 000 habitantes entonces--- a estos hombres del norte que nosotros no conocíamos, que no llevaban uniforme del ejército regular mexicano, que era el único que nosotros conocíamos, incluso que usaban este sombrero texano que usan en Texas, y que se usa en el norte del país, y ataviados con uniformes de caqui muy semejantes a los del ejército norteamericano, usando armas norteamericanas, el rifle famoso 30/30; en fin, gente físicamente distinta a la que nosotros conocíamos. Y además estos ejércitos rebeldes entraron a sustituir de un modo total y completo a las autoridades. Por primera vez nosotros veíamos una autoridad militar, una autoridad que disponía de vidas y de haciendas sin ningún recurso legal ni nada. De modo que usted puede decir que hasta el año de 1914 nosotros tuvimos en Toluca una impresión de lo que era la Revolución Mexicana. Ni siquiera en el año de 1913 cuando la decena trágica, por ejemplo. En mi caso particular mi hermano mayor era alumno del Colegio Militar, y acompañó a Madero con los cadetes del Colegio Militar de Chapultepec al Palacio Nacional, y mi padre habló por teléfono ese mismo día con mi hermano para preguntarle, etc. Pero nosotros no nos dábamos cuenta de la cosa, y éste es un fenómeno curioso que a mí me ha preocupado mucho.

JW: ¿Tenían ustedes conocimiento de la decena trágica, del movimiento zapatista y de los movimientos en el norte?

DCV: Sí, pero no teníamos, como si dijéramos, una visión directa; es decir, una información en el periódico.

JW: Nada personal.

DCV: Y por otra parte, imagínese usted, un estudiante de catorce años de esa época, nosotros prácticamente no leíamos los periódicos.

JW: ¿Viajaban ustedes mucho a México?

DCV: No, no, no. Mire usted, el viaje de Toluca a la ciudad de México ---y había ferrocarril desde hacía mucho tiempo--- era un viaje de cuatro o cinco horas. De modo que durante todos los años que yo estuve en Toluca jamás vine a la ciudad; vine aquí a la ciudad de México para no regresar de la ciudad de México. Es curioso. Porque hoy va usted de aquí a Toluca en media hora,

en una carretera amplia y lo que usted quiera. Pero entonces, repito, había todos los días ferrocarril, pero ni mi padre vino aquí sino de un modo excepcional, ni mi madre, ni ninguno de nosotros, jamás vino en cinco años aquí. Quiere decir que el aislamiento era un aislamiento muy grande. Telégrafo había, correo había, ferrocarril había, y sin embargo Toluca era un mundo por sí solo.

JW: Ustedes vivían casi aislados y apenas tres años después usted entró a la Universidad a enseñar sociología. ¡Es increíble! ¿Y tenían ustedes allá en su escuela en Toluca acceso a muchos libros para leer?

DCV: Sí, es decir, había buenas librerías allá, y sobre todo yo tenía la biblioteca de mi padre que era una biblioteca buena. De modo que yo no padecía por eso. Y luego las bibliotecas públicas de entonces no eran malas bibliotecas. Ahora no son buenas bibliotecas. Por entonces no eran malas bibliotecas.

JW: Usted tenía diecisiete años cuando entró a enseñar a la Universidad. ¿Y cuándo se casó usted?

DCV: Yo me casé en el año de 1925.

JW: Entonces tenía usted veintisiete años.

EL CARÁCTER PSICOSOCIAL DE LA AMÉRICA LATINA

DCV: ¿Qué se le ocurre a usted preguntarme?

EW: ¿Cuales cree usted que sean los obstáculos que tiene un mexicano o un latinoamericano para sobresalir de lo común? ¿Cuáles son los factores sociales y psicológicos que le impiden que pueda surgir, ser alguien que contribuya significativamente al progreso de su país? ¿Qué experiencia de su niñez fue la que influyó en su ánimo para hacerlo a usted una persona responsable?

DCV: ...Bueno, depende del mexicano en el que usted esté pensando, o en el latinoamericano que usted esté pensando. Si usted piensa en un mexicano o en un latinoamericano de la clase media, digamos, entonces en realidad no tiene ningún obstáculo que sea especial; tiene los mismos obstáculos que pueda tener en los Estados Unidos o en Europa, en ciertos matices. Es decir, es incuestionable que la sociedad norteamericana aún en el día de hoy es más dinámica, más movible que cualquier sociedad europea como Francia o Inglaterra. Pero en fin, ahora si usted piensa en un mexicano, o en un latinoamericano de origen, o que haya nacido y que viva en la sociedad rural, entonces los obstáculos son muy grandes porque ese hombre puede vivir en una comunidad muy pequeña, faltarle elementos de civilización como son el agua, la electricidad, la escuela, la higiene más elemental, vías de comunicación, transporte etc., etc. Entonces, claro, este hombre está luchando contra

todos los factores que son adversos. Aquí en México olvidamos con cierta frecuencia uno de los rasgos instintivos de la sociedad mexicana, y aun los extranjeros no lo perciben. Y es éste: si usted repasa cualquiera de los censos de población de México, por fortuna México ha hecho, desde el año de 1885, censos cada diez años de un modo muy regular —cosa que no pasa en América del Sur— usted verá que la enorme mayoría de la población mexicana está agrupada en lo que se llaman comunidades rurales, o sea, en comunidades de menos de 5 000 habitantes; pero en una proporción muy alta de la población mexicana. En el siglo pasado, usted puede decir que era el 95 por ciento de la población; hoy puede ser el 70 por ciento de la población. Claro, usted no puede llevar a una comunidad de menos de cinco mil habitantes la civilización del siglo XX. No se puede. Usted no puede construir en una comunidad como esa, una escuela, ni tener un cinematógrafo, ni tener televisión, ni tener médicos, etcétera.

Yo diría que el máximo problema que hay en toda América Latina, sin excepción, es echar una base de mayor igualdad entre la población urbana y la población rural; aun en el caso de la Argentina o del Uruguay, en que usted puede decir que hay una cierta mentalidad moderna, lo mismo en Buenos Aires que en Jujuy por ejemplo. De todos modos, la diferencia de riqueza del poder de cultura que hay entre el pueblo de Buenos Aires y de cualquier pueblo del interior de la Argentina es una cosa fantástica. Y esto, para llevar las cosas al otro extremo, piense usted por ejemplo en el Perú, en que fuera de Lima ya la lengua española no trabaja, no funciona, y en que el número de escuelas y hospitales, de teléfonos, de radio, y de televisión, es ridículo. Es decir, son dos civilizaciones enteramente aparte.

Entonces, claro, aquí la pregunta de usted: un hombre que vive en esa sociedad rural está desarmado para sobresalir, está absolutamente desarmado; se necesita que ocurra en este hombre las circunstancias excepcionales de talento, de carácter que tuvo Benito Juárez.

La única forma en que usted ve que esta gente de la civilización rural sobresale en el escenario es cuando hay revoluciones, cuando hay trastornos sociales. Y por fortuna podemos decir que en México ha habido bastante para que usted estudie la biografía de todos los generales de las guerras de intervención, de Reforma, etc.; son gentes como Porfirio Díaz —bueno, Benito Juárez era de un pueblo pequeño— Porfirio Díaz nació en la capital de Oaxaca. Entonces las prendas que los llevan al escenario no son las prendas de cultura, de civilización, son el carácter, la determinación, el valor, el espíritu de aventura, que en gran parte se explica porque esa gente está cansada de vivir en un sociedad sorda, sin comunicación con el mundo exterior, y quiere lanzarse a una cosa grande.

Claro, este problema se va resolviendo poco a poco. En México simplemente el programa de carreteras que inició la Revolución Mexicana en el año de 1926 y que es una de las pocas obras de carácter público que la Revolución Mexicana ha procedido con gran constancia, ha cambiado mucho la faz del país. De todos modos, fíjese usted que de 1926 para acá este país ha construido 55 000 kilómetros de carretera. Esto quiere decir que hay un sistema circulatorio mejor que el que había antes. Pero la gente que vive en la ciudad de México, en las capitales de provincias, no tiene ningún obstáculo más que el obstáculo, digamos, de pobreza.

JW: La clase media tiene, a veces, el obstáculo que es el de tener demasiado dinero, porque tienen sirvientes; con el dinero de los padres pueden salir del país y vivir afuera y regresar cuando quieran y no necesitan trabajar mucho en pos de construir al país; encuentran que es más fácil descansar. Así la clase media en México siempre ha sido muy distinta a la de los Estados Unidos.

DCV: Bueno, en eso sí creo que hay una diferencia radical en cómo educa el padre norteamericano a sus hijos y como educa el latinoamericano a sus hijos. La norma es que el padre latinoamericano ayuda a los hijos hasta que le es literalmente imposible dejarlo de hacer, mientras que el padre norteamericano por regla general induce al muchacho a que principie a bastarse a sí mismo. No ha habido ya la cosa de trabajar. Es decir, aun en las pequeñas cosas, un padre norteamericano le explica a un niño de dos años cómo hay que manejar la cuchara, el tenedor, el cuchillo, para comer, y una vez que se lo ha explicado se le deja, y si este niño tira los alimentos y se le ensucia la cara y la ropa, etc., etc., esto el padre norteamericano supone que poco a poco el muchacho lo irá corrigiendo. Mientras que en el caso del padre latinoamericano, verá: yo tengo un nieto de doce años, y todavía le estoy diciendo todos los días cómo debe comer, porque para mí el espectáculo de un chico que come mal es intolerable. Ustedes se sobreponen a ese desagrado con el propósito de que el chico se baste a sí mismo. De modo que sí, en este sentido hay una diferencia radical en el modo de educar a los niños.

Yo supongo que poco a poco las cosas van cambiando en México y en otros países. Y me imagino, por ejemplo, que las gentes del norte nuestro son un poco distintas a como somos las gentes aquí en la altiplanicie, o la gente que vive en Sonora, o en Coahuila, o en Chihuahua. En esto, como en tantas otras cosas, nosotros nos vamos haciendo norteamericanos. Ahora yo estoy enteramente convencido de que el sistema de educación que por otra parte nosotros heredamos de España, como es natural, y por otra parte, que es el sistema europeo general: es un magisterio. ¡Ah, eso no tiene remedio! Yo estoy firmemente convencido que hay que inducir a los muchachos desde

niños a que principien a hacer sus cosas por su propia cuenta. Esto es muy importante, muy muy importante.

JW: Vasconcelos dijo en una de sus biografías que con los sonorenses que entraron al gobierno federal en 1920, vino la cultura “pocha” que iba a conquistar a todo México: una nueva conquista que se extendería hasta el sur. ¿Y usted cree que pueda pasar eso; que los fines y las ideas norteamericanas, los métodos y la cultura, puedan llegar con la industrialización del país?

DCV: Bueno, mire usted, en primer lugar esta afirmación de Vasconcelos depende un poco de la época en que usted piense. Si usted piensa en los ejércitos de Sonora y Sinaloa, digamos, los ejércitos de Obregón o los ejércitos más propiamente de Carranza, esa gente del norte era muchísimo menos americana de lo que se supone, de lo que supone Vasconcelos. El mexicano del norte era muy distinto del mexicano de la altiplanicie; pero no porque fuera más americano, sino simplemente porque era gente del norte. Es decir, usted puede pensar en una gente como Villa, y Villa no era oriundo propiamente del norte, sino de Durango, un estado que todavía pertenece a la altiplanicie, pero que vivió toda su vida en el norte. Villa no era norteamericano; era simplemente un hombre del norte de México. Es decir, esta cosa del pochismo es una cosa mucho más reciente. Si yo le diera a usted el año de 1920, o el de 1925; pero no, la gente de Sonora, por ejemplo Obregón, no tenía una sola característica de norteamericano; era un criollo ciento por ciento.

JW: ¿Criollo?

DCV: Criollo, es decir, nosotros como usted sabe, le llamamos en otra época criollo, al hijo de españoles pero nacido aquí en México. Y la expresión se ha conservado. Por ejemplo Cárdenas: Cárdenas era un criollo; Cárdenas no tiene rasgos indígenas, es un criollo él; y Obregón era más puramente criollo. Obregón no tenía absolutamente nada de sangre india.

JW: Tiene sangre española.

DCV: Obregón era un tipo muy español, muy español: perfectamente blanco, de baja estatura, fornido, de ojos claros; un hombre que perdió pronto su cabello; era un hombre absolutamente criollo. Ahora, Obregón era un norteño; era un sonorenses; pero no un norteamericano.

Piense usted en otro personaje de Sonora, también de la Revolución, Abelardo Rodríguez. Abelardo Rodríguez tiene sin duda alguna pinta y sangre indígena. Abelardo Rodríguez sí es “pochó”, ese sí es pochó. Pero no Obregón ni Calles tampoco. Calles no; era simplemente un hombre del norte, es decir, un hombre distinto a los de aquí. Póngase usted a pensar en la gente, por ejemplo de Nuevo León ---y la gente de Monterrey insiste

mucho en este dato—, que ellos tienen ese carácter de iniciativa que tiene el norteamericano; no porque sean norteamericanos, sino porque en esa región no hubo indios que se pudieran usar como esclavos en el trabajo. Y ellos se vieron obligados a hacer el trabajo manual que la gente de la altiplanicie no hacía, que sí tenía indios y no lo hacía.

JW: Pero la gente española no han tenido siempre esa iniciativa de establecer industria, y parece algo fuera de lo común que los criollos del norte sin la mano de obra de los indios hayan desarrollado algo diferente.

DCV: Pero no solamente está el factor de la falta de indios, sino esto: por una parte no había metales preciosos, y por otro lado no había tierras agrícolas. De modo que esa gente empezó a cultivar algo de agricultura pero una agricultura pobre; algo de ganadería, pero una ganadería pobre; hasta que se le ocurrió comenzar a la gente de Monterrey a hacer alguna industria, porque en rigor es lo único que pueden hacer ellos, en la medida en que descansan en recursos físicos próximos inmediatos.

JW: La palabra “pocho” quiere decir como se acostumbra en la frontera, el que habla inglés y habla español, pero no habla ni uno ni otro muy bien; tampoco está integrado ni en ni una ni en otra cultura, que se diga. Es una mezcla de civilizaciones que se encuentran y chocan y llegan a ser otra cosa. ¿Hay otro sentido en el cual se defina la palabra “pocho”?

DCV: Bueno, nosotros le llamamos pocho a este elemento mixto. Le diría a usted que pocho —por hacer una definición— es un mexicano aficionado a lo norteamericano; que está aprendiendo a ser norteamericano. En muchos casos ni siquiera habla inglés; pero traduce las expresiones inglesas al español del modo más bárbaro, porque, no sé, es gente que no tiene una lengua española bien adquirida, pero particularmente porque no le da la gana. Es decir, cuando un mexicano —usted lo ve por allí, por el sur de Texas— pone un letrero que dice, “Apartamento furnichado”; ésta es una cosa que realmente choca. Es decir, la palabra correcta en español existe. La cosa grave es cuando usted se encuentra con una cosa que se llame “quick lunch”. Bueno, pues sí hay que ponerlo en alguna forma, entonces se le pone “lonchería”, o “cafetería”.

JW: Hay unos norteamericanos que dicen que en los Estados Unidos se ha tenido poco aprecio por la historia de la América Latina por ser una historia, según ellos, de gentes inferiores que sólo quieren hacer la guerra; que no se necesita tener historiadores especializados en la historia y en la política de Latinoamérica porque cualquier persona que esté bien enterada de la historia del oeste o de la historia mundial podrá entender la América Latina; que en realidad no hay mucho que se tenga que entender. Y dicen que el desarrollo de la América Latina ha sido muy lento y que va a seguir muy lento porque

en realidad la gente no tiene las capacidades de los españoles que fueron de otro tipo, intelectual, digamos. Y hay muchos latinoamericanos que dicen eso también; dicen:

“Somos intelectuales, leemos, pensamos, estudiamos la filosofía, y no necesitamos cosas industrializadas como ese mundo que anda gobernado por el reloj”.

¿Cree usted que hay un carácter de ese tipo que rige en Latinoamérica?

DCV: No sé. Yo creo que el norteamericano insiste mucho en que el latinoamericano desprecia el trabajo, que no quiere trabajar. Yo creo que esto es una cosa que no corresponde a la realidad actual.

JW: Sí, hay muchos que trabajan, pero se dice que hay un buen número que no trabajan con acierto.

DCV: Bueno, sí, encuentra usted cierto síntoma de esa opinión en América Latina. Por ejemplo, piense usted que en la Universidad Nacional de México, la escuela más concurrida, que tiene mayor población, es la Escuela de Medicina que tiene 7 000 estudiantes. Pero le sigue la Escuela de Derecho que tiene casi 7 000 estudiantes. Si usted compara el número de estudiantes de ingeniería, mecánica, eléctrica o química, se encuentra usted que es una anomalía tener ese número de estudiantes en la Escuela de Derecho. Entonces uno allí sí ve que hay una observación justa. Y esta observación podría usted limitarla a esto: que el latinoamericano todavía no tiene un interés en las cosas científicas y tecnológicas comparable al que existe en Estados Unidos, desde luego, luego podría usted decir Alemania; luego podría usted decir Inglaterra y Francia. Pero cuando habla usted de Italia, la situación es bastante semejante a la de México, y es semejante a la de España también; es decir, las gentes prefieren el estudio de las letras, de la filosofía, de las humanidades, de la historia, del derecho, y no en el número en que debieran interesarse en las cosas científicas y tecnológicas. Aquí sí se encuentra un dato real y cierto, y que explica en buena medida una de las dificultades que estos países tienen para su desarrollo económico. ¡Eso no tiene remedio! Cuando usted tiene una clase intelectual que usted puede llamar con toda justicia parasitaria, como es la profesión de abogado, y no encuentra usted el elemento compensatorio de la gente que está estudiando cosas científicas y tecnológicas, es incuestionable que estos países no se están preparando a vivir en el siglo XX, en lo que queda del siglo XX. Allí sí hay un fenómeno cierto y lamentable, además que es verdad.

JW: Bueno, la Revolución Industrial lleva siglos y todavía España, y el mundo latino no han entrado a esa Revolución. Ya unos países principian a tenerla.

España y México, tal vez influidos por su posición geográfica: México está cerca de los Estados Unidos, y España está muy cerca de los demás países de Europa.

DCV: Es decir, yo le diría a usted una cosa: el latinoamericano que se ha distinguido en este tipo de estudios de humanidades y de derecho, no debiera renunciar a seguir cultivando esto, siempre que no sea con sacrificio de la cosa más inmediata científica y tecnológica, porque esto sí, este sacrificio es una cosa alarmante. Y si este fenómeno lo encuentra usted en países como Argentina, Brasil y México, pues imagínese usted lo que hallaría en Honduras o en Nicaragua, donde no hay una escuela de carácter tecnológico.

JW: Pero en la vida intelectual también encontramos este fenómeno. Se dice que en la América Latina hay muy pocos intelectuales que hacen estudios a fondo que estén bien documentados, que en sus interpretaciones estos intelectuales no escudriñan todas las fuentes que existen. Es decir, que no siguen las normas que se necesitan en el mundo intelectual como las que poseen en Europa, o en los Estados Unidos, que El Colegio de México es una excepción.

DCV: Bueno, mire usted, si limita usted su observación a la historia, le puedo decir a usted una cosa que yo digo con mucha frecuencia, y es que al mexicano le gusta mucho más inventar la historia, que estudiar la historia. Por dos razones. En primer lugar porque es más fácil; y en segundo lugar, porque usted puede conseguir la reputación de "genio" mucho más fácilmente inventando una cosa que estudiándola.

Ahora yo, en este punto particular, le diré esto:

Yo, por supuesto, ¡claro que detesto la cultura alemana!; y siempre me ha antipatizado la cultura alemana de toda la vida; sin embargo he creído que a nosotros los mexicanos nos hace falta un poco ser inyectados a la alemana. Es decir, el día que aquí se produzca ese fenómeno que es materia de chiste universal, de un alemán que publica una obra de ocho tomos que se llama, *Breve introducción al estudio de los paquidermos en América del Norte*, pues yo me sentiré un poco consolado.

JW: Hablando de la vida intelectual, ¿cree usted que en el arte, en la historia y en todas las corrientes intelectuales hay mucha actividad en México hoy?

DCV: Bueno, mire usted, viendo la cosa en toda su generalidad, en México pasa una cosa muy curiosa. No la encuentra usted en todos los campos; vamos a decir, se supone que México es un país que se ha renovado y que ha progresado, diga usted del año de 1920 para acá. Entonces la impresión física que debiera dar la palabra "progreso", que quiere decir marcha hacia adelante, sería la de un ejército desplegado en una línea pareja que va avanzando, hoy diez metros, y mañana cinco, y pasado mañana veinte, etc.,

etc. Esto no pasa en el campo intelectual. Se encuentra usted, por ejemplo, ciertos campos como el de la arqueología, el de la antropología social, en que si no en este momento por lo menos hace diez años, se encontraba a un grupo de veinticinco o treinta mexicanos de primer orden, ¡de primer orden! Hace, digamos quince años, se encontraba usted un grupo de filósofos extraordinarios por el número, por la inteligencia, y aun podría decirse un poco, por la originalidad del pensamiento. En México encuentra usted un grupo de veinticinco o treinta economistas de primerísimo orden, es decir, tan buenos como los economistas de cualquier parte del mundo. Y se encuentra usted buenos médicos, y buenos ingenieros, etc., etc. Pero en cambio se encuentra usted campos, por ejemplo el de la sociología en general y los estudios sociales, en que México es un desierto total, completo. Sin ninguna exageración puede usted afirmar que no hay en México desde hace veinte años un solo sociólogo: ¡uno; uno! Y lo mismo puede usted decir en el campo de la ciencia política, por ejemplo. Y sin embargo, en el campo de la historia, en el que nunca en ningún momento ha dejado de haber un buen grupo de mexicanos que estudian la historia de México, usted encuentra que ahora, como antes, el tipo de historiador que predomina es el historiador autodidacto, es decir, el hombre que se ha formado a sí mismo, que no se ha formado en la escuela, que es un aficionado, que incluso puede ser un aficionado inteligente y que en alguna forma se las arregla para producir una buena obra. Pero no es un historiador hijo de escuela, de enseñanza, de aprendizaje.

Entonces, repito, pasa el otro fenómeno. Ese grupo de jóvenes filósofos, que repito hace quince años eran realmente un espectáculo extraordinario, se ha desperdigado. El grupo produjo una obra escrita de simple promesa pero que no ha madurado y numéricamente el grupo se ha deshecho. De modo que de ese grupo usted encuentra dos o tres que siguen trabajando en su profesión y que siguen escribiendo, y que siguen pensando, etc. Otros, la mayor parte de ellos, se han dedicado al trabajo administrativo, a las coqueterías políticas, etc. El grupo de los antropólogos y el de los arqueólogos no son en este momento tan brillantes y tan originales como eran hace veinte años, aun cuando muy probablemente se encuentre usted con un grupo mayor que sabe las técnicas menores de la arqueología como antes no se sabía. Pero, repito, la gente de mente original no es tan fuerte como lo era antes.

JW: Durante la Revolución, y durante los años de 1920 y 1930 surgió un grupo de pintores y otro de antropólogos muy famosos.

DCV: Mire usted, en la cosa de pintura no es tan malo el panorama como en otros lados, porque, claro, lo que se llama "los pintores mayores" pues se agotaron: Diego Rivera y Orozco muertos, y Siqueiros que se repite un poco,

etc., etc. Pero no deja de haber un grupo de veinte o veinticinco muchachos que no estén enteramente en la moda más última de la pintura. Es decir, esto es un aspecto curioso de la pintura, incluso de la pintura de la Revolución Mexicana, que si usted la compara con la pintura europea que se hacía al mismo tiempo que la pintura mexicana, es incuestionable que la pintura mexicana era una pintura conservadora, reaccionaria. No era una pintura tan moderna como era la pintura europea, pero era una buena pintura de todos modos. En este momento sin duda alguna que no encuentra usted pintores de estos llamados abstraccionistas que se comparen con los pintores norteamericanos, que tienen por primera vez una posición de abanderados, o de caudillos de un movimiento pictórico. Pero aún así, se encuentra usted a un grupo de pintores que uno tiene la impresión de que no se ha muerto esa vida en el país. Allí hay algo en movimiento.

Pero repito, en otros sectores, no. De modo que sí es un panorama intelectual el de México con altos y bajos muy notables. ¿De qué depende esto? No sé. En el caso por ejemplo de los antropólogos y de los arqueólogos, yo me imagino que mucho de lo intelectual aquí en México se lo come la tarea diaria. Esto es lo que pasa, diga usted, con el economista. A pesar de que este grupo de economistas es corto pero muy bueno, a este grupo de economistas se lo come la tarea diaria; no tienen el tiempo bastante para aislarse un poco, para leer continuamente, y sobre todo para reflexionar.

JW: Pero ninguno de estos economistas está imbuido en el pasado, y para llegar a una teoría sobre el desarrollo, hay que examinar el pasado.

DCV: No hay ningún economista historiador. El único para mí, el mejor sigue siendo Francisco Calderón, el que escribió el segundo tomo de la *Historia moderna de México*. Y no sé si usted ha leído el prólogo que yo le puse a ese tomo, porque allí trato ese problema, me burlo de los economistas teóricos mexicanos diciendo que ellos creen que un economista que se dedica a la historia es un afeminado; que no es suficientemente varón, o que no es suficientemente economista.

JW: ¿Cree usted que el intelectual de hoy tenga más tiempo y más categoría en la Universidad? Ya la Universidad tiene profesores profesionales, que tienen más tiempo que lo que tenían los profesores de antes para escribir y para pensar.

DCV: Pues supongo. Hay que suponer que es así. Sin embargo, no sé. Tengo la impresión de que esta reforma de crear en la Universidad Nacional y en algunas universidades de provincia estos puestos de profesores de carrera, o de investigadores de carrera no han dado todos los frutos que se esperaban de esta reforma, porque claro, el hecho de que un profesor antes ganara 240 pesos mexicanos al mes, y que ahora gane casi 7 000 pesos, pues le dio la

impresión a las autoridades universitarias y al país de que esto iba a revolucionar el *status* del profesor, y la producción del profesor, y del investigador.

Hay que convenir que uno no puede dejar de pagar bien el trabajo intelectual. Pero tampoco puede uno esperar que solamente este factor produzca en cada gente un fermento intelectual que antes no tenía, etc., etc. Hay que confiar en que algún buen resultado se produce. Pero no un resultado tan deslumbrador como la gente cree.

JW: ¿Y los estudiantes?

EW: Sí, con respecto a la Universidad Autónoma.

JW: ¿Qué nos puede decir de los estudiantes? ¿Son mejores, o son peores? Un profesor universitario nos estaba diciendo el otro día, que él cree que la Universidad ya no tiene los estudiantes de antes; que los de hoy ya no quieren estudiar tan duro; quieren otras cosas. Los que tienen ambición quieren meterse al comercio, o a la economía; a otra cosa que les permita ganar más dinero.

DCV: Bueno, no sé, es decir, para mí el problema más grave que tiene, sobre todo la Universidad Nacional, y también se puede decir de las universidades de provincia, es un problema que es por otra parte mundial, porque no hay ningún país en el mundo en que ese problema no exista, y además, es un problema que, digamos, es saludable, y que es esta cosa famosa de la educación de masas. El crecimiento de la población general del país, por una parte y, por otra, el crecimiento en el Distrito Federal ha traído la consecuencia de que en la Universidad Nacional el número de estudiantes que tiene ya es una cosa que le da a uno la impresión de que se trata de una institución ingobernable, porque cuando en una universidad usted tiene 83 000 estudiantes...

JW: ¿Hay tantos?

DCV: Hay 83 000 estudiantes este año en la Universidad.¹² Es decir, usted puede decir que es la Universidad que tiene mayor población escolar del mundo.

JW: Parece que sí.

EW: ¿Nos puede decir a qué se debe la resistencia de los estudiantes a que suban las normas? ¿No hay un grupo de estudiantes que se opongan a esta resistencia?

DCV: Hay, pero mire usted, el problema es muy complicado. En la Universidad sin duda que se encuentra usted a grupos de estudiantes honrados deseosos de trabajar, y quienes no se pondrán felices de estudiar un año más en el bachillerato. Pero tampoco lo consideran una cosa de vida o muerte.

¹² De los 71 928 estudiantes que terminaron los cursos de la UNAM en 1964, 24 178 fueron de las escuelas nacionales preparatorias, según la estadística oficial.

El problema es, no sé, muy complicado y muy hondo. Para mí, yo cada vez estoy más convencido, por una parte, de que muchos de los problemas de la Universidad no podrán resolverse nunca en la misma forma como se resuelven en otras partes del mundo; por otra parte, para mí la Universidad no podrá encaminarse a una etapa de verdadera reorganización sino hasta que la Universidad Nacional pierda su autonomía y vuelva a ser lo que antes era: una universidad de Estado y gobernada por el gobierno.

Usted puede estar seguro que, claro, si los estudiantes, o los profesores de la Universidad conocen esta opinión mía, me vienen a sacar de aquí de mi oficina para colgarme en la Plaza de Armas, porque "la autonomía de la Universidad se expone, en gran principio", pero para mí es eso. Y le voy a explicar brevemente cuál es la situación:

El gobierno de México, sobre todo el gobierno federal, pesa mucho en toda la vida del país. Y del mismo modo que esa fuerza del gobierno federal contiene movimientos anárquicos de oposición, y aun una oposición bien entendida, una institución como la Universidad Nacional que está fuera de control del gobierno es una tierra de nadie política. Y entonces la Universidad se convierte en una manzana de discordia en que grupos insignificantes minoritarios de aventureros, o simplemente de gente inquieta, produce un clima de continua inestabilidad en la Universidad que impide totalmente que la Universidad haga un trabajo normal.

Contestando a la pregunta de usted, yo estoy seguro de que de cada cien estudiantes de la Escuela Preparatoria en este momento, setenta, y no quiero exagerar, son estudiantes que desearían trabajar. Pero, hay simplemente treinta aficionados a líderes políticos, etc., etc., y son los que se apoderan de las escuelas, los que continuamente organizan protestas y manifestaciones, y lo que usted quiera.

El día en que la Universidad vuelva a ser una universidad del Estado, cualquiera de estos movimientos de protesta es contra el Estado; no contra una corporación privada, sino contra la autoridad máxima del país. Y entonces es una de dos cosas: o la gente piensa bien si se levanta contra el Estado; y si resuelve levantarse contra el Estado, el Estado tendrá una estaca para aplastar eso. Si usted puede prever que eso tiene el inconveniente de un movimiento tiránico, despótico del gobierno, pues lo admitiría yo en teoría, pero en la práctica, no; en la práctica no porque el estado, el gobierno mexicano, le tiene miedo. Todo gobierno le tiene miedo a dos instituciones: a la Iglesia Católica y a la Universidad. De modo que el gobierno se vería obligado a hacer un manejo muy cuidadoso de la Universidad, pero al mismo tiempo sentiría la Universidad la autoridad del Estado.

JW: Lo que usted dice es un punto de vista diferente de los que he oído, y tal vez resolvería muchos de los problemas de la Universidad, pero también se crearían otros problemas. Hasta en los Estados Unidos se ha pensado en fundar una facultad diplomática del gobierno. Pero con esta facultad tendríamos profesores oficiales que tendrían que ser nombrados por el gobierno...

DCV: Pero la situación de ustedes es una cosa enteramente distinta a la de aquí; ¡enteramente! Mire usted, la Universidad de México ha sido una universidad de Estado hasta el año de 1929, y nunca puede decir usted que hubo en la Universidad de México un pensamiento estrictamente oficial; ¡nunca!

JW: Tuvo el problema de Antonio Caso, que andaba en contra del gobierno, y en un movimiento muy grande por sacarlo de la Universidad porque tenía pensamientos muy diferentes a los del gobierno.

DCV: No. Mire usted, el caso de Antonio Caso. Usted se encuentra ciertos casos históricos, por ejemplo, el de don Justo Sierra que era profesor de la Escuela Preparatoria cuando vino el problema del pago de la deuda inglesa. Don Justo Sierra era diputado, y como diputado sostuvo que México debía tener un arreglo con sus acreedores ingleses. Y como el pago de esa deuda era muy impopular en México, los estudiantes de la Escuela Preparatoria lo esperaron a don Justo y le pidieron que dejara de ser profesor. Pero este problema se produce lo mismo si se trata de una universidad de Estado, como se produjo allí, que si se trata de una universidad autónoma, porque, al fin y al cabo uno tiene que convenir que en todas partes del mundo, pero ciertamente en América Latina, el elemento social más importante, políticamente hablando, lo constituyen los estudiantes.

JW: ¿Necesitan disciplina?

DCV: En toda América Latina esto es un fenómeno general.

JW: Pero parece que en un país como México con un solo partido político en el poder, si no se tiene una universidad donde el pensamiento tendría que chocar con el único partido, ésta se estaría cerrando las oportunidades.

DCV: No, no. Le aseguro a usted que no, entre otras cosas porque en la medida en que el PRI tiene ideas, esas ideas vienen de la Universidad; toda la ideología económica que está ahora exponiendo el nuevo candidato a la presidencia, está hecha por dos profesores de la Escuela de Economía. Los conocemos; sabemos quiénes son. Y Leopoldo Zea ha sido el filósofo del PRI. De modo que estos contactos los tiene el intelectual y todas las gentes que gobiernan el PRI; todos son universitarios.

JW: ...En la próxima entrevista quisiéramos seguir hablando de la vida intelectual y también de la historiografía, y de cómo ustedes escriben y han escrito sobre el siglo XIX en El Colegio del México.

CORRIENTES HISTORIOGRÁFICAS DE MÉXICO

30 de abril de 1964
Ciudad de México

JW: Bueno licenciado, en esta sesión íbamos a hablar sobre las corrientes historiográficas de este siglo, y sobre el papel que tuvo usted en la historia en comparación con los otros historiadores. ¿Cómo se fundó, por ejemplo, El Colegio de México?

DCV: Bueno, para contestarle a usted, ya está adquiriendo el hábito de no hacer una pregunta, sino de disparar tres al mismo tiempo.

JW: Bueno, lo hago para que usted pueda contestar con amplitud.

DCV: Bueno, la primera pregunta, si usted le echa un vistazo en general a la producción histórica mexicana de toda la época independiente hasta el día de hoy, usted se encuentra con los siguientes fenómenos:

Primero. Nunca deja de haber un grupo de buenos historiadores en México. Esto quiere decir que la historia ha sido un campo de atracción muy particular, muy especial de los mexicanos.

La inmensa mayoría de estos historiadores no son historiadores de origen académico, o universitario, sino que se han formado a sí mismos, y que en muchas ocasiones escriben, no con el propósito de esclarecer o de establecer una verdad, sino de dar una visión de una época, o de un personaje, de acuerdo con ellos mismos. De ahí que haya en la historiografía mexicana muchas historias, como si dijéramos parciales, parciales en el sentido de subjetividad, en el sentido de presentación y defensa de una ideología, o de un personaje, o de una actuación política, etc. Aun así, yo tengo la impresión de que el nivel de la producción histórica mexicana es muy alto en el sentido de que en ningún periodo ha faltado una buena pluma histórica. Sin embargo, y a pesar de que se encuentra uno en la historiografía mexicana cumbres históricas como Lucas Alamán o Silvio Zavala, uno siente que este tipo de historia tiene algunas fallas. Por una parte no es fruto de mucho estudio, de mucha disciplina, de investigación; y por otra parte es el fruto en la mayor parte de los casos de un interés individual, de un *parti pris*, tomando de una tesis previamente tomada. Y aun cuando no han faltado también por supuesto en estos historiadores viejos un propósito de lectura y de investigación, etc. Podríamos decir que las buenas obras históricas de México son mucho más el fruto del talento individual del historiador que de su sabiduría, o de su saber. Esto entonces deja francamente abierto un campo para un tipo de historia en que lo fundamental es la investigación y lo auxiliar es el talento del historiador, y por supuesto que cuando las dos cosas se juntan, el talento y

el trabajo, se produce la verdadera grande historia; es decir, una historia más verídica, más objetiva, más estudiada y al mismo tiempo inteligentemente digerida y brillantemente escrita, vamos a decir.

Bueno, la actividad de El Colegio de México en materia de historia no tiene una explicación distinta, de la que podrían tener otras actividades de enseñanza y de investigación que ya se hace en El Colegio. Ahora, por ejemplo, en cosas económicas, antes en cuestiones internacionales, y antes en materia de filología y letras. Todas esas actividades en El Colegio de México se han echado a andar partiendo de la idea de que la Universidad Nacional de México y, en buena medida, las universidades de provincias, se enfrentan a un problema universal pero muy agudo en México que es el de la educación de masas; y si la Universidad Nacional y las universidades de provincia resuelven este problema de un modo decoroso, tolerable, este problema habrá desempeñado una función muy útil para México.

Pero partimos del supuesto de que la Universidad no puede crear al líder intelectual del país; a una persona que tenga una preparación sólida; que tenga un modo de reflexionar propio, personal, individual; y que contribuya a la segunda función que debe tener toda universidad: la de crear cultura, la de crear ciencia, la de descubrir cosas nuevas. Y por esta razón El Colegio ha intentado en campos restringidos desempeñar esta tarea, de preparar estudiantes que van a El Colegio en grupos muy reducidos, muy limitados; estudiantes bien seleccionados, no solamente pidiéndoles un *curriculum vitae*, sino entrevistarlos de modo de poderse dar una idea del carácter, del temperamento, del hábito de trabajo, de otras actitudes en el estudiante, y concediéndoles a estos estudiantes una beca suficiente para que todos sus problemas de carácter material o económico estén resueltos y en consecuencia que puedan dedicar absolutamente todo su tiempo al estudio.

JW: ¿Todos tienen becas?

DCV: Todos tiene becas. Ésta es una norma invariable de El Colegio. En primer lugar la beca la usa usted como un instrumento de selección, porque, como es natural, aspirantes a becas hay muchos. De modo que usted puede elegir para constituir un grupo normal en El Colegio que no pasa de veinte estudiantes, entre cien o 150 candidatos. Además, El Colegio ha hecho una norma invariable de ofrecer estas becas no solamente en la capital de la República, sino en todo el país. Y la última vez que se hizo una selección fue justamente de estudiantes para el Centro de Estudios Históricos. Yo mandé a los historiadores jóvenes pero ya formados de El Colegio a que recorrieran absolutamente todas las universidades de provincia para dar a conocer estos programas, las posibilidades de las becas, y excitar a los muchachos para que se interesen a venir aquí.

JW: ¿Tienen todos los estados universidad?

DCV: Todos los estados. La mayor parte, casi sin excepción. Faltan unos, Tlaxcala, por ejemplo, que no tiene; Colima, que tampoco tiene. Pero la inmensa mayoría de los estados tienen ahora una universidad, y a veces más de las que podían tener.

Bueno, hecha esta selección, El Colegio, lo mismo en el Centro de Estudios Históricos que en cualquier otra de las actividades, orienta su enseñanza sobre la base de que no sea la conferencia del profesor el eje de la enseñanza como ocurre en la Universidad Nacional, en donde todos los profesores no hacen más que dar conferencias, sino que la enseñanza en El Colegio se hace descansar en el esfuerzo personal del estudiante. De modo que un estudiante llega a El Colegio de México y el primer día de clases tiene un programa de su curso, una bibliografía, un calendario de lecturas que le indica qué lecturas debe hacer, en qué plazo debe cubrir esas lecturas y la forma en que el profesor o su ayudante le van a tomar cuentas de esas lecturas, cerciorándose de que han sido hechas; luego, el encargo de que el estudiante haga trabajos, de modo de ir encaminando al muchacho a la investigación, a que él tenga iniciativa, y finalmente, en El Colegio practicamos, o se ha practicado un poco, el sistema inglés del tutor. De modo que se trata de profesores residentes que están en El Colegio de las nueve de la mañana a las seis o siete de la noche, que tienen absolutamente abiertas sus puertas en cualquier momento para que un estudiante llegue a ellos; y muy particularmente, todos los profesores combinan el trabajo de conferencias, el trabajo de lecturas y el trabajo de discusiones en grupos pequeños de modo de volver a darle al estudiante una oportunidad más de ir desarrollando su personalidad propia, y acostumbándolo a reaccionar de un modo personal o individual.

JW: ¿Y qué títulos da El Colegio?

DCV: Bueno, El Colegio da títulos de maestría y doctorado, y tienen tanta legitimidad como los títulos que da la Universidad Nacional de México. Hay un decreto presidencial, dado conforme a las leyes del país, etc., facultando a El Colegio para dar estos grados en condiciones que El Colegio determine. Desde ese punto de vista, pues tiene un margen de actividad o de libertad muy grande El Colegio.

JW: Sí. ¿Y en El Colegio tienen el Seminario de Historia?

DCV: Bueno, en materia de historia en El Colegio por una parte hay lo que se llama el Centro de Estudios Históricos. Es un centro dedicado a la enseñanza de la historia con el fin de formar por una parte profesores de historia, y por otra parte investigadores de historia. Y además de eso, desde el año de 1948 existe lo que primero se llamó Seminario de historia moderna

de México, y desde 1957 lo que ahora se llama Seminario de historia contemporánea de México. Ésta es una labor total y exclusivamente de investigación.

Estos seminarios se organizan con el propósito de escribir una historia contemporánea de 1911 a 1950, digamos. En un caso y en otro se han distinguido tres grandes temas: la vida política del país dentro de este periodo; la vida económica del país dentro de este periodo; y la vida social del país dentro de este periodo. Entonces hay un director general del Seminario; abajo de él viene el responsable de cada uno de estos grandes temas; después viene una serie de personas encargadas de hacer monografías para cada uno de estos grandes temas; y abajo de ellos viene el colector de materiales. De modo que hay el director, que es una persona, en fin, de más edad, de más experiencia, de más autoridad y que vigila y coordina todo el trabajo. Después vienen gentes que se hacen responsables de todo un sector y que son personas que ya han dado pruebas de su aptitud para la investigación. Después de eso vienen personas que no han avanzado en la investigación, sino hasta el punto de hacer una monografía. Pero hay a quienes les falta la experiencia de combinar una monografía con otra para hacer un todo armónico de un tema. Y abajo de esos vienen los lectores y colectores de material; es decir, son las infanterías, digamos, de la investigación.

Éste es el cuadro general. Claro, cada vez que se reúne el grupo del seminario se discuten los planes provisionales para echar a andar la investigación, las principales fuentes a consultar; y a medida que se avanza en la redacción parcial de cada uno de estos tomos, cada trabajo que se presenta al Seminario, se discute, se critica, y el autor del trabajo está obligado, o a adoptar las sugerencias que se le han hecho, o a dar suficientes razones para dar su punto de vista. De modo que con este sistema de trabajo nosotros pretendemos combinar la colaboración individual de cada historiador, y al mismo tiempo una colaboración de conjunto, o de grupo que dan el resto de las personas que forman el Seminario.

JW: Para dar la unidad de trabajo; para que salga algo en conjunto.

DCV: Un conjunto, y en la medida de lo posible que tenga una cierta homogeneidad, etcétera.

Pues éstas son las normas que hemos aplicado. Hemos partido del supuesto que ya se empieza a reconocer en otras partes que un estudio a fondo de un periodo histórico rebasa la capacidad de un solo investigador, y que en consecuencia hay que acudir al trabajo de grupo o de equipos para poder hacer esta tarea.

JW: ¿Adoptaron ustedes este método de otro país, de otra universidad, o es un sistema propio de ustedes?

DCV: Bueno, no y sí. Yo no hice ningún estudio particular de lo que se hace en otros países. Me dictó un poco esto; deseos, propósitos, hipótesis, una disposición a modificar las cosas si no resultaban mal, etc. En todo caso, mire usted, en el primer tomo de la *Historia moderna de México* hay una descripción muy larga y muy detallada de estos métodos, y de las ventajas y las desventajas que nosotros le dimos a ese método. Nos encontrábamos aquí en México, y esto fue más que ninguna otra cosa lo que yo tomé en cuenta; el caso, por ejemplo, de *México a través de los siglos*,¹³ un monumento de la historiografía mexicana, o el caso de *México y su evolución social*¹⁴ en un campo todavía más vasto. Veía en estas dos obras defectos muy palpables. En primer lugar don Justo Sierra como director de *México y su evolución social*, y Vicente Riva Palacio como director de *México a través de los siglos*, se preocuparon por conseguir a las gentes de más renombre para que escribieran los capítulos o las monografías respectivas, con el resultado que esas personas de mucho renombre, y justamente por ser de mucho renombre, nunca pudieron poner en esta tarea el tiempo para hacer un buen trabajo. De modo que usted se encuentra en *México y su evolución social*, el caso por ejemplo de Pablo Macedo que era indiscutiblemente inteligente, conocedor de muchas de las cosas, por ejemplo, hacendarias o de moneda y bancos, que escribió tres monografías y que son monografías muy malas. ¿Por qué? Porque don Pablo Macedo nunca se encerró en una biblioteca sino que a ratos le fue dictando a su secretaria.

Es decir, la primera experiencia que entrega este examen es que uno no debe confiar en el hombre de gran renombre si éste no tiene la aptitud y el deseo de dedicarse íntegramente a hacer un trabajo de esta naturaleza. Y luego la otra cosa que sacamos examinando esto es que, buenas o malas como pueden ser las monografías de estas dos obras, lo que es un hecho es que no se hicieron ni se intentaron hacer con un cierto criterio común, sino que cada persona tiró por donde le dio la gana, enfocando las cosas de un modo distinto, escribiéndolas, etc. Es decir, que en esas obras se trataba de una acumulación de monografías, pero que se había abandonado todo intento de trabar una cosa con la otra, de hacer un conjunto armónico bien trabado. Y luego, por supuesto, la otra consecuencia del examen de estas dos obras, particularmente de *México y su evolución social*, es que si usted quiere escribir una monografía sobre el comercio en México, sobre la agricultura, sobre la industria, no tiene usted por qué comenzar esa monografía con la situación del comercio en las culturas prehispánicas. Es decir, esta inclinación todavía

¹³ Publicado en 5 tomos, 1887-1889.

¹⁴ Publicado en 3 tomos, 1900-1902.

muy visible en el mexicano de que todo lo tiene que plantear desde antes de la Conquista, tiene como resultado hacer una historia más extensa pero muy poco profunda.

JW: Tal vez ese punto de vista, esa propensión, viene de la necesidad del mexicano de buscar un pasado.

DCV: ¡No!, más que nada obedece a esto: falta en cualquier época, para cualquier época de la historia de México, el trabajo monográfico que sirva de apoyo al trabajo de síntesis. Y entonces, con la necesidad de tener una idea de conjunto, breve, de ciertos fenómenos, o de ciertas épocas, se ha hecho una historia general liviana, poco profunda, poco fundada. El día en que haya aquí en México (que todavía nos falta mucho, estos apoyos del trabajo monográfico, entonces las obras de carácter general van a tener una mejor sustentación, y van a ser mejores.

JW: Sí, bueno, ustedes pueden dar a los investigadores un tema para que todos los temas formen un conjunto. Pero los investigadores puede ser que tengan una educación propia, de familias con trayectorias ideológicas que afecten el interés en buscar sus datos de una manera parcial a sus simpatías, y entonces, usted sabe que cada investigador buscaría lo que le convenga. ¿Se podría evitar eso y todavía llegar al conjunto que se desea en ese seminario compuesto por muchas personas?

DCV: Yo me referí a ese fenómeno en esta introducción larga que le digo a usted en el primer tomo de la Historia. Y allí digo que en el grupo de estudiantes o de jóvenes historiadores que trabajaron conmigo en la *Historia moderna de México*, había muchos matices políticos. Había por lo menos dos de nuestros jóvenes historiadores que eran profundamente católicos, y alguno de ellos como si dijéramos, militantemente católico; el resto eran gentes de un criterio más bien liberal, quizás con cierta inclinación un poquito de izquierda. No teníamos ningún marxista en el grupo, y le confieso a usted que no me hubiera gustado tener un colaborador marxista, no porque le tenga yo miedo a los marxistas, sino porque ellos ya tienen contestación para todas las cosas de este mundo, de modo que es inútil preguntarles.

JW: Sí, tienen su sistema, y ya saben lo que van a escribir.

DCV: Entonces, yendo a este problema; si usted compara el tomo de "Historia social" correspondiente a la República Restaurada con el tomo de "La vida social" correspondiente al Porfiriato, el primero, redactado por tres personas liberales, y el segundo, redactado por un católico militante, usted nota por supuesto ciertas diferencias. Hay un capítulo del papel de la Iglesia en un movimiento de renovación social de entendimiento de las cuestiones sociales durante el régimen de Díaz, escrito naturalmente por un católico que tiene el deseo de decir que la Iglesia participó en este movimiento. Bueno, nosotros

pensamos que mientras se trata de indicar que la Iglesia Católica en efecto había hecho algo y se había preocupado de las cosas, etc., a nosotros nos pareció no solamente inobjetable la cosa, sino deseable, en el sentido de que la mayor parte de las historias han estado escritas por liberales y en consecuencia han tendido a disminuir el papel de la Iglesia Católica en México. Lo que no hubiéramos admitido en el seminario es que este señor hubiera pretendido decir que todas las obras de beneficencia eran hijas de la Acción Católica, porque eso no se puede demostrar con hechos.

JW: ¿Y usted no encontró necesario hacer una pequeña biografía de cada autor, de cada sección, para hacer ver que es posible que el historiador en su obra hable desde su propio punto de vista o ideología particular, para que el lector quede advertido?

DCV: Hicimos dos cosas, mire usted: en el caso de la *Historia moderna de México*, el primer trabajo que se le encomendó a los miembros del Seminario, fue que establecieran una bibliografía para su propio tema, y esta bibliografía fue objeto de discusión en el seminario.

En el caso de la *Historia contemporánea de México*, se optó por otro sistema. Y es que antes de echar a andar el Seminario de historia contemporánea de México se creó un seminario especial para establecer las fuentes para el estudio de la *Historia contemporánea de México*.

Este plan tuvo un éxito parcial, un éxito completo en lo que toca a las fuentes impresas, libros y folletos, porque El Colegio llegó a publicar tres gruesos tomos sobre esta materia.¹⁵ Ha fallado en la secuencia que deberían tener esos tres tomos, que era el estudio de las "Fuentes de publicaciones periódicas"; un trabajo que hizo para El Colegio de México Stanley R. Ross con un grupo de jóvenes mexicanos; que lo concluyó, pero que El Colegio de México todavía no ha publicado.¹⁶ Por lo que toca al material documental, no hemos logrado publicar un tomo relativo a los archivos de la Secretaría de Relaciones Exteriores, que se refieren a la Revolución Mexicana que publicó, no ya El Colegio de México pero sí la Secretaría de Relaciones Exteriores, pero que de todas maneras se publicó.¹⁷ En cambio, la guía para

¹⁵ Luis González, Guadalupe Monroy, Susana Uribe (comps.) *Fuentes de la historia contemporánea de México: libros y folletos*, 3 tomos, México, El Colegio de México, 1960-1962.

¹⁶ Stanley R. Ross, Alicia Bazán Alarcón, Lilia Díaz López, y Fernando Zertuche Muñoz (comps.), *Fuentes de la historia contemporánea de México: periódicos y revistas*, 2 tomos, México, El Colegio de México, 1965-1967.

¹⁷ Berta Ulloa, *La Revolución Mexicana a través del Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores*, México, S.p.i., 1963, y *Revolución Mexicana, 1910-1920*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1966.

el uso de los materiales de la Secretaría de la Defensa Nacional para las personas interesadas en la "Historia militar de la Revolución Mexicana", ese trabajo se hizo; está en unas 10 000 fichas, pero no ha sido publicado.¹⁸ Sin embargo, está abierto a la consulta de quien quiera en El Colegio de México.

Y en lo que tuvimos muy poco éxito fue en que pretendimos hacer una guía del material documental para la *Historia contemporánea de México* existente en los archivos de Estados Unidos. La labor de preparación de esto la hicimos bien: El Colegio mandó cuatro o cinco personas a que hicieran inventarios de estas fuentes documentales norteamericanas, y llegó a tener una guía para el uso de estos materiales. De modo que se vieron, por ejemplo, los papeles del embajador Dwight Morrow, los papeles de la señora Morrow...

JW: Sí, de Josephus Daniels, y también hay muchos archivos particulares de mexicanos que ya están en bibliotecas norteamericanas.

DCV: Pero en esto, repito, no tuvimos éxito porque no hemos publicado nada, y ni siquiera hemos ordenado las tarjetas de esas guías. A veces por circunstancias que no eran atribuibles a nosotros. Por ejemplo, cuando mandábamos a una persona a que viera los papeles del presidente Wilson, pues estaba trabajando en ellos el profesor Arthur Link, y naturalmente él tenía el privilegio y el derecho de resolver esos papeles. Pero repito, hubo un seminario que estudiaba las fuentes documentales de impresos para la Revolución Mexicana, y solamente cuando se acabó ese trabajo se abrió el Seminario de Investigación propiamente. De modo que ese problema de la bibliografía que usted planteó en el caso de la Revolución Mexicana, nosotros tomamos una precaución enorme para poder tener una bibliografía que no solamente facilitara el trabajo de nuestros investigadores sino de cualquier investigador, si quiere emprender un trabajo sobre esa época.

JW: ¿Han salido ya como siete tomos?

DCV: De la *Historia moderna de México* están publicados seis tomos. Está uno en este momento en la imprenta que saldrá a mediados de julio, y no queda por salir sino el octavo tomo. Espero yo que para fines de 1965 esté concluida la obra. Tome usted en cuenta sin embargo, una cosa que tiene interés en esta *Historia moderna de México*: nosotros comenzamos a trabajar en 1948; es decir, es un trabajo que se ha llevado diecisiete años para concluir.

¹⁸ Luis Muro F., "Guía del Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional", depositada en El Colegio de México, 1962.

JW: ¿Cree usted que después de salir tantos tomos a la luz, haya una objetividad de parte de todas las personas que tomaron parte en el trabajo y que no existe falta de unidad en todo ese trabajo?

DCV: Bueno, el espíritu de objetividad es evidente, y la *Historia moderna* es producto de una investigación realmente colosal. Yo quiero decirle a usted que para escribir el tomo final de la *Historia moderna de México* yo tengo en mi casa hace años ochenta mil fichas que corresponden todas ellas a lecturas de libros, de folletos, de prensa periódica, de documentos, etc. Yo tengo la impresión de que esta historia que nos ha costado diecisiete años, va a tener sin embargo una vigencia, una actualidad, diga usted, de treinta o cincuenta años. Esto ya vale la pena.

JW: Licenciado, mientras se han estado publicando todos los tomos de la *Historia moderna*, creo que se ha limitado a la descripción, porque hace falta toda la interpretación de ese conjunto.

DCV: Bueno, se ha hecho el comentario de mayor interés, digamos que ha habido acerca de la *Historia moderna de México*, que en efecto no hay proporción entre la parte descriptiva o de relato, y la parte interpretativa. Mi única respuesta de momento que yo di a esta crítica desde los primeros días que se hizo hace casi diez años, cuando apareció el primer tomo, fue en primer lugar desconfiar mucho de esta existencia de que uno interpretara las cosas, porque ya se lo he dicho yo a usted, y se lo digo a los mexicanos con mucha frecuencia, que lo que el mexicano llama interpretar la historia, es inventar la historia. Es decir, es la forma más fácil de reunir el estudio de la historia. Ahora, yo en esto le concedo al mexicano toda la razón en el sentido de que es mucho más fácil y además más agradable inventar la historia que estudiarla. De modo que veo yo con una gran desconfianza este tipo de censura.

Pero, mire usted, yo tengo este propósito, y creo que pueda yo cumplirlo, una vez que quede publicada la totalidad de la obra, los ocho volúmenes de la obra:¹⁹ pienso encerrarme en un lugar muy aislado, muy quieto, que incluso ya tengo elegido, y pienso hacer un tomo de trescientas cincuenta páginas —no más de cuatrocientas páginas. Pienso encerrarme en ese lugar

¹⁹ Según Charles Hale: "Lo que iban a ser seis volúmenes publicados a razón de dos por año por tres años, se convirtió en diez volúmenes que saldrían a la luz a lo largo de un periodo de diecisiete años. Generalmente se ha observado el plan de organización original, que incluiría una pausa en el año 1876 y tratamiento separado de historia política, económica y social antes y después de esa fecha. A los seis originales se agregaron dos volúmenes imprevistos, uno sobre las relaciones internacionales de México, que es una expansión del volumen sobre la economía del periodo 1876-1910 en dos partes, y un segundo volumen sobre la política del mismo periodo. Ver: "The Liberal Impulse: Daniel Cosío Villegas and the *Historia moderna de México*", *Hispanic American Historical Review* 54:3 (1974), pp. 479-480.